





PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la Dirección de Patrimonio Documental de la Oficina del Historiador de La Habana con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

Perfil institucional en Facebook
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador



I
PATI
DOCU
OFICINA
DE

LA GUERRA HISPANO-CUBANOAMERICANA
Y LA OCUPACION MILITAR AMERICANA
DE CUBA

Por el general James Harrison Wilson



UN APORTE A LA
HISTORIA DE CUBA

Por

Rogelio A. Pujol

La Habana, Cuba, 1941



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADO
DE LA HABANA

EL GENERAL JAMES HARRISON WILSON

Norteamericano de extraordinarios méritos, Resultarían superfluos los elogios cuando los propósitos se dirigen sólo al fin de llevar al conocimiento de mis paisanos unos capítulos de la obra que reseña su vida y donde se tratan ampliamente, con admirable sinceridad, hechos que conciernen a nuestra historia: a ese período embrionario de nuestra nacionalidad, cuando al cese de la dominación española se inicia la primera intervención norteamericana y con ella los problemas naturales de las aspiraciones cubanas con dudas y recelos bien justificados...

James Harrison Wilson nos relata de manera brillante hechos que la propaganda ayer como hoy desfigura y amolda a las aspiraciones de determinados "amigos del éxito ganado" para su propio beneficio. Su relato no necesitaba comentarios. Su personalidad, brillante y enérgica si brinda la oportunidad de una sencilla relación biográfica de sus actuaciones en la vida como -- preambulo a lo que nos dice de Cuba.

El apellido Wilson es de origen anglo-danés; es muy común en cualquier pueblo de habla inglesa y por lo general pertenece a individuos de la clase media, a los que evolucionan y se elevan por sus propios esfuerzos. En los Estados Unidos es de los primeros en ser conocido desde la colonización. El General James Harrison Wilson en un extenso estudio que hizo de sus antepasados coloca a estos entre los viejos fundadores del pueblecito de Tidewater, en el actual estado de Virginia, de allí pasaron a Spottsylvania y Culpper Counties, más tarde a Blue Ridge, en

la región de los grandes valles, hasta que finalmente, se establecieron en Kentucky y otros lugares del Oeste.

James Harrison, nació en la hacienda de su padre, Harrison Wilson, situada como a unas dos millas de Shawneetown, el día 2 de Septiembre de 1837. Hijo del segundo matrimonio de su padre con Miss Katherine Schneyder. De esa unión nacieron tres hembras y cuatro varones.

Los primeros años de James Harrison se suceden como los de todos los muchachos norteamericanos nacidos en haciendas: va a la lejana escuela rural, y a la del pueblo mas cerca a donde asiste hasta cumplir los quince años y de allí pasa a trabajar a un almacén de telas de un tío suyo, muy rico, nombrado Orval Poll; donde logra reunir dinero suficiente para costearse los estudios necesarios de preparatoria para el ingreso en la Academia Militar de West Point, meta de todas sus ambiciones para poder ingresar en el Ejército de su país. También cursó estudios superiores en el McKendree College, de St. Clair County, el año 1854 al 1855, alcanzando las más altas calificaciones.

Conforme a las rígidas y severas medidas de ingreso en la famosa academia oficial, tras los valiosos esfuerzos del Mayor Samuel K. Casey, del Capitán John M. Cunningham y de los senadores Willis Allen y Samuel S. Marshall, pudo obtener la nominación para ser examinado, logrando el porcentaje necesario para su ingreso, cosa que realizó en 5 de junio de 1855, cuando contaba apenas diez y ocho años de edad.

Al ingresar James Harrison en West Point se iniciaba la primera reorganización de la academia, llevada a cabo por el entonces Secretario de la Guerra, Jefferson Davis, que instituyó un curso total de cinco años. Durante esos años en la academia

militar el joven Wilson llega a obtener las más altas calificaciones en sus estudios, haciéndose notar por su marcialidad en los ejercicios y sus procedimientos en los campos tácticos. El cadete Wilson se especializa en el arma de artillería y al completar sus estudios y graduarse es nombrado Sub-teniente de esa arma y es desde entonces que comienza su brillante vida militar que reseñamos en los siguientes párrafos.

De junio de 1855 a junio de 1860 como cadete en la Escuela Militar de West Point, en un curso de cinco años. En julio de 1861 es nombrado Sub-teniente del Cuerpo Topográfico y de Ingenieros, y destinado al Fuerte Vancouver, en el actual estado de Washington; de allí es trasladado con igual cargo a Boston. Comienza la Guerra Civil y le escribe una patriótica carta a sus hermanos abogando por el sostenimiento de la Unión y comienzan sus operaciones militares y de octubre de 1861 a julio de 1862, actúa como Jefe del Cuerpo Topográfico en el Estado Mayor del General T. W. Sherman, tomando parte en la Expedición a Port Royal y en el sitio y captura del Fuerte Pulaski. De septiembre a octubre del mismo año se le destina como Ayudante General al Estado Mayor del General McClellan, tomando parte en la famosa campaña de Antietam.

De noviembre de 1862 a enero de 1863 pasa al Estado Mayor del General Ulyses S. Grant, tomando parte en las operaciones militares del Oeste de Tennessee y el Norte del Mississippi. De enero de 1863 a octubre del mismo año, ya Teniente Coronel, actúa como Ayudante del Inspector General del Ejército de Tennessee, distinguiéndose en la batalla de Vicksburg con el Estado Mayor del General Grant.

En 1864 es ascendido a Brigadier General, y toma parte en

la campaña de Chattanooga, de donde pasa al importante cargo de Jefe del Departamento de Caballería de la Secretaría de la Guerra en Washington.

Pero sus brillantes dotes militares no le permitieron por mucho tiempo desempeñar ese cargo oficinesco y respondiendo al llamamiento del General Grant, nuevamente empuñó la espada para ponerse, en mayo de 1864, al frente de la famosa brigada de caballería del Tercer Cuerpo de Ejército que mandaba el célebre General Sherman, tomando entonces parte muy activa en las operaciones del estado de Virginia.

De octubre de 1864 a julio de 1865, como Brigadier General, organizó y comandó los Cuerpos de Caballería de la División Militar de Mississippi en la campaña contra las fuerzas confederadas del General Hood en el medio Tennessee, en la zona más afectada de la Guerra Civil, a través de los estados de Georgia y Alabama. Las tropas a su mando tomaron parte, en la captura de Selma, Montgomery, Columbus, West Point y Macon, en Georgia. Sus tropas persiguieron y capturaron a Jefferson Davis, Presidente de los Estados Confederados, acción que puso punto final a la más cruenta guerra civil en la historia de América.

En 1866 fué nombrado Ingeniero Jefe de las obras de fortificación y defensas del río Delaware y su bahía. En 1870 solicitó su retiro del Ejército para dedicarse a dirigir importantes negocios ferrocarrileros en su carácter de ingeniero y por sus admirables dotes de organizador.

Se encontraba dedicado a sus actividades civiles en 1898 al surgir las dificultades entre su país y España que culminaron en una guerra de unos cien días de duración. Contaba entonces el Brigadier General Wilson, 43 años de edad y se apresuró a

ofrecer sus servicios al gobierno para que si así lo estimaba conveniente, se le permitiera el reingreso en el Ejército de acuerdo con su rango militar; sus deseos fueron prontamente aceptados y nombrado por el Senado Mayor General, se le asignó el comando del Sexto Cuerpo de Ejército, (que nunca llegó a formarse) y más tarde al comando de la Primer Cuerpo de Ejército en la Expedición que tomó posesión de la isla de Puerto Rico, donde actuó como Gobernador del Distrito de Ponce.

Terminada la ocupación de Puerto Rico en enero de 1899, fué trasladado a Kentucky y Georgia, al mando del Primer Cuerpo de Ejército desde cuyos lugares pasó a ocupar el cargo de Gobernador Militar de las Provincias de Matanzas y Santa Clara en el primer gobierno interventor al cese de la guerra Hispanoamericana.

Ocupando ese importante cargo en Cuba se trasladó a Washington donde celebró distintas conferencias con el Presidente McKinley, Secretario de la Guerra, senadores y otras personalidades oficiales, rindiendo el más completo informe sobre las condiciones de la isla, su situación económica, política y social, las medidas que debían adoptarse para el futuro en las relaciones de ambos países etc., particulares que nos cuenta, sencillamente, en su interesante y valiosa narración.

En Matanzas pasó por el terrible dolor de la pérdida de su esposa, víctima del fuego prendido en sus vestidos por un fósforo, lanzado al azar no se sabe cómo, ni en que forma.

De julio a noviembre de 1900, marcha contra la rebelión de los Boers en China, reportándose ante el Mayor General Chaffes, en la ciudad de Pekín, como segundo comandante de las fuerzas

expedicionarias norteamericanas. Pasa después al comando general y guarda la parte sureste, a la entrada de la Ciudad Prohibida, con admirable éxito.

Comanda, en octubre de 1900, la expedición conjunta de tropas británicas y americanas contra las fuerzas Boers en los Ocho Templos, obteniendo una de las más grandes victorias militares de aquella guerra. Más tarde pasa revista en Pekín a las tropas americanas, en presencia de los más altos dignatarios civiles y militares de los grandes poderes europeos que concurrieron a la celebración del Tratado de Paz.

En diciembre de 1900 regresó a los Estados Unidos, donde renunció de nuevo voluntariamente el comando de fuerzas militares para dedicarse a sus actividades civiles ferrocarrileras.

En marzo de 1901 fué incluido en la lista de los Brigadieres Generales Retirados del Ejército de los Estados Unidos, colocándose su nombre junto al de los famosos generales, Fitzhugh Lee y Joseph Wheeler, de acuerdo con una Ley especial del Congreso, hecha a solicitud del Presidente de la República, Hon. Theodoro Roosevelt, en 2 de marzo de ese año.

En 1902 representó al gobierno y Ejército de los Estados Unidos, acompañado por el Teniente Coronel John Biddle, del Cuerpo de Ingenieros y Teniente Coronel Henry D. Borup, del Estado Mayor, en las fiestas de coronación del Rey Eduardo VII,

El General Wilson fué condecorado con las más altas distinciones, no sólo por el gobierno de su país, sino también por distintos gobiernos de Europa, Asia y de hispanoamérica.

Con el objeto de completar estos datos, en 27 de septiembre de 1938 le escribí una carta al Hon. Secretario de la Guerra

de los Estados Unidos, pidiéndole informes sobre la fecha y lugar donde había fallecido el General Wilson. En 7 de octubre de 1938 recibí una comunicación suscrita por el mayor General E. S. Adams, donde me dice: "Los records de esta oficina me demuestran que el Mayor General del Ejército de los Estados Unidos de América, Retirado, James H. Wilson, falleció el 23 de febrero de Delaware". "Secretaría de la Guerra. Washington. 1925, en Wilmington. D. C. Oficina del Ayudante General.- Firmado.- E. S. Adams, Mayor General".

Veamos ahora lo que escribió el General Wilson con referencia a Cuba y que publicó en el tomo segundo de su interesante obra "Under ^{The} Old Flag" editada en octubre de 1912.

LA GUERRA CON ESPAÑA

CUBA Y LA REVOLUCION CUBANA.-AZUCAR DE REMOLACHA Y
AZUCAR DE CAÑA.- LA OPRESION ESPAÑOLA.- LA VOLADURA
DEL CRUCERO MAINE EN LABAHIA DE LA HABANA.- DECLARA
CION DE GUERRA.- REINGRESO EN EL EJERCITO COMO MAYOR
GENERAL.- ENTREVISTA CON EL PRESIDENTE DE LA REPUBLI
CA.- SITUACION DEL EJERCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS AL
INICIARSE LA GUERRA CON ESPAÑA.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Por más de cuatrocientos años Cuba había jugado un papel muy importante en la historia del mundo. Descubierta en el año de 1492 por Cristóbal Colón, se creyó por espacio de mucho tiempo que formaba parte del continente asiático. Con unas dimensiones aproximadas de cuarenta y cuatro mil millas cuadradas, situada dentro de la parte Norte de la Zona Tórrida, es uno de los países más fértiles y productivos del hemisferio.

Colonizada por España, su crecimiento o progreso nunca fué rápido, pudiendo atribuirse esto principalmente al hecho de que desde la expulsión de los judíos y de los moros, España ha permanecido casi siempre escasa de trabajadores.

La población nativa de Cuba en la época de su descubrimiento ha sido estimada desde doscientos mil hasta un millón de almas, las que fueron primero esclavizadas y más tarde exterminadas, al obligárseles, por medios violentos, a trabajar en busca de oro; y por las enfermedades introducidas por los colonizadores blancos. Los indios fueron sustituidos, gradualmente, por negros, quienes fueron importados, los primeros, en 1501, y con pequeñas interrupciones, los últimos, en 1880. En ese año de 1880 fué abolida la esclavitud por una Ley, pero se continuó poniendo en práctica en algunos lugares de la isla hasta 1887.

En contra de la opinión común se puede asegurar que la proporción de la población blanca comparada con la negra, en los últimos cien años, se ha mantenido en un promedio de dos a uno, que ahora va gradualmente en aumento, arrojando el último censo (1910) un promedio de 70% a 30%. Resulta muy curioso el hacer constar que no se encuentran trazas de sangre india en la población actual de Cuba. Yo pude ver y hablar con una mujer en el valle de Manicargua, y unos enumeradores del censo hallaron otra, en la Ciénaga de Zapata, que mostraban signos característicos de la raza india, pero ninguna de ellas tenía hijos en los que ^{se} pudieran encontrar rasgos de su raza.

En Cuba ha habido tal cruzamiento entre las razas blanca y negra que seguramente si preguntamos a un cubano, por oscuro que sea, su color, nos contestará que es blanco, pero de todos modos la población blanca es mucho mayor, con exceso, y en todos los lugares, con algo muy admirable: que no existen prejuicios raciales como los que atormentan a nuestros estados del Sur. En Cuba hay una más grande homogeneidad de la que existe en cualquier otro país hispanoamericano o en nuestra Carolina del Sur, Alabama, Mississippi y Louisiana. Los analfabetos no existían tanto, entre los negros cubanos, como en cualquiera de los estados antes mencionados, aunque por más de trescientos años no ha habido un verdadero sistema de escuelas públicas en la isla y la falta de medios y facilidades educacionales grandemente ha retardado la prosperidad material de todas las clases nativas de Cuba. Igual que en todas las colonias de otros países, éstas de España fueron establecidas, explotadas y controladas principalmente para beneficio del gobierno central y su pueblo, y a su pesar, por muchos años el comercio cubano, con España, languideció, por la sencilla

razón de que la propia España se encontraba en extremo empobrecida.

Los productos principales de esta preciosa y productiva isla, son el azúcar y el tabaco; el primero, una necesidad para el mundo entero y el segundo, un lujo, que requiere un trabajo inteligente y alguna manipulación para prepararlo para su uso. En este país maravilloso se producen todas las frutas tropicales conocidas y con buenos ferrocarriles, carreteras y líneas de vapores para su transporte, fácilmente podían ser enviadas a Europa como a todos los países cercanos, en cantidades fabulosas. Todavía con la opresión y los abusos de la "Madre Patria", el valor de las exportaciones de Cuba "per capita", fueron muy superiores a los de cualesquier otra colonia del mundo, pero bajo los perniciosos sistemas de forzar las utilidades y las sangrías a los productores representadas por impuestos, tributos y sueldos que iban a España y nunca quedaban en beneficio del pueblo de Cuba, era motivo por el cual no podía prosperar la colonia.

Existían impuestos tanto por la importación como para la exportación; las propiedades personales, industrias, comercios y profesiones; papel sellado para toda clase de transacciones de negocios; impuestos municipales hasta por matar un cerdo y nacionales hasta por un emigrante, blanco o negro, que llegara a la Isla. No existiendo bancos o moneda local, las dificultades comerciales y financieras crecían fuertemente, y cuando consideramos que todo el sistema de gobierno y la administración pública era controlada o monopolizada por oficiales españoles con exclusión absoluta del nativo, encontramos en seguida suficientes motivos y poderosas razones para que se produjera el descontento entre el pueblo cubano y surgiera la rebeldía. Desde 1821, hasta el comienzo de la última revolución en 1895, se puede asegurar, sin

lugar a dudas, que todas las esperanzas de los cubanos se encontraban encauzadas directamente a independizarse de España para establecer un gobierno propio y negociar relaciones comerciales con el resto del mundo.

Desde la administración de Jefferson hasta la de McKinley, la isla de Cuba, situada directamente al Sur de la Florida, a menos de cien millas de distancia de nuestras costas, ha sido siempre vista con especial interés por el pueblo americano. Su posición geográfica considerada como la llave del Golfo de México y de nuestra costa sur y su importancia en lo que pueda referirse a la estratégico-militar, es indiscutible, en relación a nuestra seguridad como potencia de primer orden. Así, pues, las posibilidades de que pudiera ser transferida a cualquier otro poder extranjero se han estimado como una amenaza a los principales intereses norteamericanos, cosa que no podía tolerarse en ninguna forma. Cuando su enorme riqueza fué suficientemente conocida, el deseo de anexión se fué extendiendo a través de nuestro país de manera precisa y de no haber sido por las dificultades que existían entre el Norte y el Sur de la Unión por los problemas de la esclavitud, no hubiera existido la más remota duda de que habríamos tomado las más efectivas medidas para asegurarnos la anexión del territorio cubano. De todas maneras se hicieron esfuerzos más o menos persistentes, de tiempo en tiempo, para comprarle la isla al gobierno de España, pero, infortunadamente, todo eso vino al suelo al surgir nuestra desdichada Guerra Civil y el pueblo cubano fué abandonado en su lucha, hasta que sus sufrimientos llegaron a ser superiores a sus fuerzas.

Y sin embargo de todo eso el gobierno español no podía ser culpado de las malas condiciones que prevalecían en Cuba. Mien-

tras que el propio pueblo español no había tenido ninguna oportunidad de mejorar su status, no podía ser calificado materialmente ni de más malo, ni mucho menos de más intolerante que los demás pueblos de otros países de Europa. No podrá ser culpado de haber dejado de hacer lo que otras naciones, en igualdad de circunstancias, tampoco hicieron.

Desde la batalla de Trafalgar toda la producción de azúcar del mundo provenía de las islas tropicales, pero el éxito del bloqueo que siguió a esa victoria naval, facilitó a la Gran Bretaña la oportunidad de poder cerrar, los más importantes puertos y costas de Europa, impidiendo, con esa medida, el comercio y la producción tropical de toda clase. Y aquí se hace visible un descubrimiento del origen alemán; el azúcar de remolacha, de un dulzor idéntico al de la caña. Pero la remolacha contenía solamente un centavo por ciento de azúcar extractable, mientras que la caña tenía un diez por ciento. En tales momentos, la producción de azúcar de remolacha aun era insignificante. Pero había que crear y hacer prosperar a esta nueva industria. Por selección y por cultivos especiales el azúcar extractable de la remolacha fue elevándose a un diez, quince, veinte, y finalmente, después de un siglo de constante experimentación a un veinte y cinco por ciento en algunas partes de California, mientras que la mejor caña de azúcar contenía solamente un diez o doce por ciento de azúcar extractable. Con el bloqueo de Europa el precio del azúcar de caña se elevó considerablemente en el continente, mientras la ruina se extendía en las islas donde más podía producirse. Seguros estaban los productores de azúcar de caña que tenían un temible rival en la remolacha y que con el tiempo habrían de verse sus efectos, porque los alemanes, a quienes siguieron rápidamente

los franceses y más tarde los rusos, hicieron todo lo que pudieron, cuanto esfuerzo fué imaginable, por levantar el negocio y producción de azúcar de remolacha. Dentro de los diez años siguientes, de Trafalgar a Waterloo, más de seiscientas fábricas de azúcar y remolacha se pusieron en operación en Alemania y Francia solamente. Por el año de 1840, cincuenta mil toneladas de azúcar de remolacha se producían anualmente y aunque cientos de cosecheros habían sido arruinados, la industria de la caña de azúcar no había perecido todavía.

El azúcar de remolacha, estimulada por impuestos y restricciones que gravaban al azúcar de caña, fué anualmente creciendo en cualidades y decreciendo en costo á través de toda Europa. El azúcar había dejado de ser un artículo de lujo para convertirse en algo de imperiosa necesidad que debía ponerse al alcande de todas las fortunas. Por el año de 1900, la producción de azúcar en el mundo fué de ocho millones cuatrocientas cuarenta y ocho mil cuarenta y cuatro toneladas, de las cuales, cinco millones seiscientas ocho mil, o poco menos de las dos terceras partes eran de remolacha, mientras que dos millones treinta mil toneladas eran de caña. Esta ha sido la mayor producción que se conocía de azúcar de remolacha. Desde la independencia y pacificación de Cuba, la producción de azúcar de caña ha sido considerablemente. Por los años de 1909 a 1910, la producción general de azúcar fué de catorce millones ochocientas noventa mil toneladas, de las cuales siete millones novecientas treinta y cinco toneladas, fueron de caña, y seis millones siete mil quince toneladas de remolacha. Por primera vez en esta década la producción del azúcar de caña superó a la de remolacha en 1908. Las cosechas de

1910 y 1911 dieron una mayor proporción al aumento del azúcar de caña.

En los comienzos de esta revolución en una de las industrias más importantes del mundo, el precio del azúcar crudo ha sido algunas veces de \$0. 20, la libra o \$450, la tonelada. Desde esa fecha hasta la terminación de la guerra hispanoamericana, ha ido descendiendo hasta llegar a venderse a \$40, la tonelada en la plantación. Algunas veces se ha elevado el precio, otras ha descendido a \$35, o mas, por toneladas, durante los veinte años anteriores. En los últimos cien años la lucha entre el azúcar de remolacha y la de caña ha resultado una guerra sin cuartel ni consideraciones. En ese período de tiempo el barómetro de los precios ha marcado muchas veces la ruina y miseria de los agricultores que se dedicaban a la siembra de caña.

Aunque la industria del azúcar se comenzó en Cuba allá por el año de 1523, no fué hasta la terminación de dos centurias más tarde que se llegó a una producción de veinte y cinco mil toneladas; y no hasta 1750, que llegaron los productores de Cuba a las setenta y cinco mil toneladas por año. Al finalizar otro siglo, habían llegado a las trescientas veinte mil toneladas. Durante los próximos diez y seis años fué creciendo gradualmente la producción hasta llegar a setecientas cincuenta mil toneladas, pero este fué un período de altos precios y grandes adelantos en el cultivo de la caña, en el que se logró convertir el bagazo o fibra de la caña, en combustible, y el jugo sacarino por medio de nuevos procedimientos dió mayores rendimientos. Solo que ésto fué eclipsado ante el aumento de pesos anuales en el presupuesto oficial de Cuba. Con esas enormes erogaciones la mayor parte de los agricultores cubanos fueron llevados a la quiebra, lo

mismo a los ricos, de clase superiores, como a los pobres trabajadores, quienes por millares cayeron en la miseria y el desempleo. Esta fué la causa principal, en mi opinión, y no la opresión, las que condujeron a los cubanos primero a la indigencia y después a la Revolución.

La primera República Cubana fué proclamada en Yara el año de 1868 y la lucha que siguió a este pronunciamiento duró, con todas las alternativas y sus resultados inciertos, hasta 1878. Carlos Manuel de Céspedes fué el primer presidente de la República y Máximo Gómez que tenía experiencia militar adquirida en el Ejército de España como oficial voluntario, fué su más activo jefe militar. La fiera, pero inútil lucha, fué confinada principalmente en las provincias orientales y todo terminó con una serie de concesiones y estipulaciones acordadas por ambos bandos, obtenidas por el llamado Pacto del Zanjón, entre varios sublevados cubanos de alguna significación y el General español Martínez Campos.

Sin tener que llegar a un examen minucioso de aquellos acuerdos de los cuales cada una de las partes contratantes se acusan de haber violado, lo cierto es que la guerra costó a Cuba y a España una enorme suma en propiedades y en dinero, y que en su economía España tuvo que agregar \$300,000,000, como deuda pública, aumentando esta poco después a \$400,000,000, o sea \$283, "per capita" todo lo cual fué gravitando sobre la economía de Cuba. Para empeorar la situación España insistía en agregar los intereses de esa deuda al presupuesto de Cuba, de suyo muy superior a lo que podía soportar el pueblo cubano afectado como estaba por el decrecimiento en las utilidades en su principal industria.

Para hacer el caso aun más desesperado, un mayor descenso en los precios del azúcar tuvo lugar en 1884, que llevó a un mayor

grupo de plantadores de caña a la ruina y continuó la depresión hasta que el Congreso Americano puso en vigor, el sistema de reciprocidad denominado "Blaine". Como por esta medida se admitía el azúcar de Cuba en los Estados Unidos sin pagar derechos de aduana, la producción rápidamente respondió a la magia del comercio libre, hasta llegar a un máximo de un millón cincuenta y cuatro mil toneladas en 1895. Pero infortunadamente esta competencia con la remolacha levantó tales protestas que culminaron en la cesación del referido tratado de reciprocidad durante el segundo período del Presidente Cleveland, con una victoria aparente para el azúcar de remolacha. Esto llevó a los productores de azúcar de caña a la ruina y con ellos al pueblo cubano.

En una tormenta de furia contra España y su opresión, y, aparentemente en entera ignorancia del golpe fatal que nosotros le habíamos dado a su más floreciente industria, se pronuncia la segunda rebelión contra el poder de España en 1895 bajo la dirección de Martí, Gómez, Masó, Maceo y otros. Aunque los insurgentes estaban pobremente preparados para llevar a cabo una guerra contra España, los valientes cubanos dando pruebas de un admirable arrojo, sin otros medios que machetes, armas pequeñas y deplorable artillería, lograron consolidar su protesta y la sangre por la redención de Cuba corrió de un extremo a otro de la isla.

Cesaron las industrias, imperó la miseria; los salarios, para los pocos trabajadores que podían emplearse, descendieron hasta convertirse en cifras aterradoras; el costo de la vida se elevó considerablemente. España, con el propósito de sofocar la rebelión llenó a Cuba de soldados, mientras los patriotas cubanos hicieron un llamamiento a todos sus conciudadanos para que fueran a pelear bajo la bandera de su país. Cada central azucarero que no

pagaba contribución a ambos bandos, era quemado hasta quedar reducido a cenizas; los campos de caña fueron arrasados y todo el ganado que encontraban en su marcha, lo mismo las tropas españolas que las cubanas, se lo llevaban y lo mataban para satisfacer sus necesidades y para entorpecer la acción de sus enemigos, Ningún animal escapó de tan radicales procedimientos. Nada que pudo ser comido fué perdonado. Los dos bandos enfurecidos se empeñaban en la destrucción, declarando cada uno sus propósitos de dejar la isla sin valor para el contrario. La tea incendiaria iluminaba los hermosos campos de Cuba. España en su desesperación aumentó aun más el ejército de ocupación, llegando a sostener un ejército superior a doscientos mil soldados, fuerza más que suficiente para barrer con los rebeldes de un extremo a otro de la isla, pero nunca pudieron lograrlo, Lo más que consiguieron hacer fué ocupar las principales ciudades y pueblos y obligar a los campesinos de las haciendas cercanas a las poblaciones a abandonar sus campos y sus bohíos para hacinarlos dentro de los límites que tenían atrincherados y fortificados, sin preocuparse de proporcionarles alimentación, ni albergue, sumiéndolos en una situación en que les era imposible hallar comida suficiente para ser alimentados.

A esta práctica cruel e infame que se hizo famosa por su crueldad, se le llamó Reconcentración y las pobres víctimas de esa reconcentración que sumaban millares, morían de hambre por las calles de los pueblos en donde se les había obligado a refugiarse. Un grito de horror se expandió contra esa política inhumana y cruel por todo el mundo, pero España, mientras mantuvo al General Weyler al frente de su ejército en Cuba, fué inexorable. Debemos declarar sinceramente que España no tenía poder suficiente para sobrellevar la guerra de una manera civilizada, no porque

estuviera escasa de hombres y recursos, sino porque en su rapacidad y mal gobierno, durante cuatrocientos años sólo había sabido llevarse las riquezas de la isla sin dejar una parte razonable para construcción, servicios públicos y ferrocarriles. Si España hubiera construido una carretera central a través de la isla, desde Oriente hasta La Habana, con ramales para sus principales puertos y ciudades, España hubiera podido, fácilmente dominar la rebelión de los cubanos antes que se hubiera producido la ayuda de un poder exterior, que necesariamente algún día habría de llegar para ayudar a los cubanos.

El pueblo norteamericano desde Maine hasta California y desde St. Paul hasta New Orleans, sin distinción de partidos políticos se encontraba indignado ante la cruel política del Capitán General español Valeriano Weyler. Los más hábiles reporters de la prensa norteamericana nunca hicieron gala más brillante, ni mejores demostraciones que las contenidas en sus informaciones sobre los sufrimientos causados al pueblo cubano. Comida, ropas y medicinas les fueron enviadas en vapores que salieron expresamente de nuestras costas a los infelices "reconcentrados" y, es curioso mostrar el hecho de que las autoridades españolas ayudaron a nuestra Cruz Roja a distribuir esos beneficios entre los enfermos y necesitados cubanos. Muchos jóvenes norteamericanos llenos de entusiasmo e indignación corrieron a engrosar las filas de los patriotas y se extendió la convicción a través de los Estados Unidos, de que la República de Cuba debía ser reconocida y que si esa medida no resultaba suficiente, que las tropas españolas debían ser arrojadas de la isla por la fuerza de las armas.

Pero a pesar de toda esa excitación, el Presidente y el Congreso, procedieron con cautela. Ambos reconociendo la gravedad de la

situación trataron honestamente de evitar la guerra.

En recuerdo de nuestra propia gran rebelión la mayoría de los americanos que formaban el gobierno estaban bien dispuestos e inclinados al reconocimiento de la beligerancia cubana e intervenir para la expulsión de los españoles y proceder al restablecimiento de la paz en Cuba. Nuestro gobierno en distintas ocasiones "ofreció sus buenos oficios" para terminar esa situación pero las gestiones realizadas no fueron aceptadas por los dirigentes españoles. Aunque los escándalos de los vecinos "de la casa del lado" resultaban cada día mas intolerables y naturalmente debían terminarse como un motivo de derecho comun, no les resultaba a los norteamericanos muy agradable y se sentían algo cohibidos de representar el papel de policías.

No obstante el tiempo pasaba y la guerra continuaba con todos sus horrores, siendo indudable que ni la exhaustación, ni la carencia de medios en los combatientes resultaban motivos a colocarlos en disposición de llegar a un acuerdo amigable. Los enormes gastos y la imposibilidad de concentrar las fuerzas y conducir las al éxito en operaciones de guerra, anonadaban tanto al Capitán General como al Gobierno de España, pero ni éste, ni el resto del mundo parecía entender los motivos de esta rebelión, que eran más económicos que políticos.

Es verdad que para muchos buenos observadores el dominio español en esta parte del Atlántico ha sido calificado como de insoportable y que Cuba tenía un derecho indiscutible a independizarse, pero nadie parecía reconocer la verdadera situación y el motivo fatal de su descontento, Ninguna persona de esas que se dedican al estudio de los complejos problemas de economía política, había todavía descubierto que la isla y sus pueblos se encontra-

ban, sin esperanzas, en bancarrota. A ninguno de los estadistas que manejaban esa situación se le había ocurrido que los cubanos pagaban más de lo que podían, que habían sido esquilados; que no lograban obtener utilidades y que el costo de producción con tales impuestos no les dejaba más que desesperación y miseria. Ningún Gobernador General, ni Ministro de la Corte de España había comprendido la realidad del problema; es decir, que Cuba se encontraba imposibilitada de continuar pagando después que sus negocios habían sido destruidos y sus deudas llegado a un límite superior a sus medios. Ningún perito mercantil o contador había podido descubrir que el amontonamiento de deficits conducían a la ruina financiera y que ésta se extendía por toda la isla. Pero es extraño que ningún norteamericano, del Presidente para abajo, no se hubiera dado cuenta de la verdadera situación y que españoles, cubanos y norteamericanos por igual, se encontraran ante el problema que resultaba una catástrofe que conmovía al mundo y conducía a un gran pérdida de vidas y dinero, cuando solamente con mejorar las condiciones de vida se aplicaba una cura radical a esta enfermedad.

Esta era la situación general del problema cubano cuando el trágico evento que voy a referir, tuvo lugar, fijando, si no cambiando, el curso de la historia. Para la protección, ante la solicitud del Cónsul General de los Estados Unidos en La Habana, Mr. Fitzhugh Lee, de los americanos residentes en la isla de Cuba, el Gobierno de Washington, actuando enteramente dentro de sus facultades, pero, sin suficiente justificación, envió el crucero de guerra Maine al puerto de La Habana, donde fué recibido con el debido respeto. Se le asingó al Maine un lugar determinado en la bahía y poco más tarde se le cambió para otro. Al ser situado en

ese segundo lugar se produjo una terrible explosión que causó su hundimiento. Esto ocurrió el 15 de febrero de 1898, como a las diez de la noche. El fuerte retumbar de la explosión fué oído en todo el puerto y en toda la ciudad hasta una enorme distancia. Al producirse la terrible explosión la noticia voló por el cable y telégrafo a todas partes del mundo y al interior de la isla. En los primeros momentos las suposiciones que circularon fueron de que resultaba indudable que el desastre había sido el resultado de designios hostiles y no un accidente.

Una comisión de oficiales navales investigó el hecho del mejor modo posible y aunque no llegaron a obtener más que pruebas aparentes expresaron la opinión de que el buque había sido volado por la explosión de un torpedo o mina submarina, dirigido o colocada por manos españolas. Las autoridades de España se apresuraron a negar estos cargos. Ellos también efectuaron otra investigación, la cual, sin mostrar ninguna luz en el trágico accidente, expresaron una opinión en contrario, declarando que el buque había sido hundido por una explosión producida en su interior. Es significativo, y vale la pena ser consignado, que la aclaración del misterio determinada por la primera Comisión norteamericana investigadora, fué, finalmente, confirmada por una nueva Comisión de expertos militares y navales, que realizaron una nueva y minuciosa investigación en el casco del buque cuando éste quedó al descubierto, dentro de la atagüa construída para remover sus restos, que más tarde fueron hundidos en alta mar.

Una ola de excitación e indignación invadió a todo nuestro país cuando la noticia del desastre fué conocida. Muchos periódicos y la mayoría de los congresistas clamaron por una inmediata declaración de guerra. Pero el Presidente y las personas sen-

satas del Gobierno y el Congreso, conociendo que el país no se encontraba preparado para asumir medidas tan extremas, hicieron todo cuanto les fué posible para demorarla. La diplomacia quedó encargada de hacer sus trabajos. Se sugirió la concertación de un armisticio entre los beligerantes y la ordenación del cese de las medidas de concentración de campesinos, para así llegar a la concertación de una paz honorable para ambos bandos. A estas sugerencias siguieron contraposiciones; una reunión de embajadores en Washington ofreció los buenos oficios de distintos gobiernos de Europa; España proclamó un armisticio, revocó la orden de "reconcentración", aprobó un crédito de dinero para ayudar a aliviar los sufrimientos del pueblo cubano; y , finalmente, tomó medidas tendientes al establecimiento de un gobierno autónomo de acuerdo con las aspiraciones de un partido político formado por cubanos cultos y prestigiosos. La convicción de que los españoles, si no el gobierno de España, habían "volado" el crucero Maine se había arraigado tanto en la conciencia del pueblo americano que se hacía difícil permitir una solución de esa índole.

El Presidente McKinley hasta esos momentos se había sostenido firmemente en un terreno pacifista, pero su posición ahora se hacía difícil e incierta. Que él sinceramente deseara la paz, o estuviera luchando por demorar el conflicto con la esperanza de estar mejor preparado, es algo que aun no ha podido determinarse y hasta ahora se desconoce. McKinley era un hombre tímido; no era ni por asomo un oportunista. Aunque sus servicios en la Guerra Civil comenzaron como los de un simple sargento-cuartelmaestre y terminaron con el rango de Comandante de Estado Mayor, los que lo conocíamos bien teníamos motivos para creer que él estimaba a su persona en la misma forma que lo hacen otros civiles distin-

guidos; es decir, que se estiman grandes organizadores militares y administrativos. Pero al designar el Presidente a un excoronel de voluntarios, que había sido sumariamente separado del Ejército unos treinta y tres años antes, a la alta y delicada posición de Secretario de la Guerra, por el sólo motivo de haberse hecho rico y haber podido aportar una respetable contribución monetaria para pagar determinadas deudas personales y sufragar los gastos de la campaña electoral donde él fue electo Presidente, hicieron que se resintiera la confianza de la opinión pública y del Ejército para ^duar de su discreción y sentido justiciero. Pero McKinley era ambas cosas, Presidente y Comandante en Jefe, y la guerra con todas sus consecuencias se encontraba bajo su suprema dirección,

Aunque era un desconocedor, como tantos otros, del mal gobierno y la ruina económica del Cuba, yo había simpatizado con los cubanos desde los comienzos de su primer rebelión y deseaba verlos libres de España y a Cuba anexada a los Estados Unidos. En esas condiciones me apresuré a ofrecer mis servicios al Gobierno y al hacerlo así llamé especial atención al hecho de que mi renuncia del Ejército en 1870, la había hecho por el término, o intervalo de paz que podía ser entendido entre la fecha de la renuncia y el comienzo de la próxima guerra en que los Estados Unidos tomaran parte. De acuerdo con esto le notifiqué al Ayudante General que me encontraba dispuesto a aceptar cualquier rango o comando que se me asignara siempre que fuera compatible con los antecedentes de mis servicios anteriores.

Poco tiempo después fui invitado a celebrar una entrevista con el Presidente McKinley en la mansión ejecutiva - Casa Blanca - acompañado de Corbin, el Ayudante General. El Presidente, a quien yo conocía bien, me recibió de la manera más cordial y afectuosa,

diciéndome que él había colocado mi nombre a la cabeza de una lista de Mayores Generales, que debían ser nombrados, procedentes de la vida civil; entonces me mostró su lista y me preguntó que opinaba yo de ella. Como al hacer un minucioso examen de esa lista pude observar que el Presidente había dejado fuera de ella a algunos de los mejores hombres del Viejo Ejército, principalmente a Ames, Fitzhugh y Hall, todavía en excelentes condiciones físicas, y también a Basil Duke del Ejército Confederado, hube de llamarle la atención dado los grandes méritos y cualidades de esos militares; entonces el Presidente me aseguró que los pondría en una próxima lista. Esos generales fueron notificados inmediatamente de los deseos del Gobierno de utilizar sus servicios y como ellos se encontraban dispuestos a aceptar, el Presidente envió sus nombres a la consideración del Senado para su aprobación inmediata.

Así, por mis servicios anteriores y mi nueva designación, vine a quedar convertido en el Mayor General más antiguo, procedente del retiro civil. Fitzhugh Lee y Joseph Wheeler, también eran graduados de West Point, pero por mis largos servicios y alto rango en el Viejo Ejército, yo tenía mayor jerarquía que ellos.

Los primeros cinco cuerpos de ejércitos fueron puestos bajo el comando de los cinco oficiales menores con servicios ininterrumpidos en el Ejército. El Sexto Cuerpo fué puesto bajo mis ordenes y el Séptimo se lo asignaron a Lee, pero cuando vino la reorganización del Nuevo Ejército, todos los cuerpos, excepto el mio, fueron movilizadas; es decir, completadas sus unidades. Se formó un Estado Mayor, con ^{ig}intilentes militares, regulares, muy aceptables, procedentes de los mejores lugares, con la competencia necesaria para administrar y dirigir un ejército de doscientos mil hombres, que se me fueron presentando rápidamente, dispuestos

al servicio, en mi campamento Thomas, en Chickamauga Park. Entre estos oficiales colocados a mis ordenes se encontraban el Teniente Coronel Tasker H. Bliss, de la artillería regular; Teniente Avery D. Andrews, de la artillería; Teniente Coronel John Biddle y Comandante Clement A. F. Flager, de ingenieros; Teniente Coronel Henry D. Borup, de Ayudantía general; Teniente Coronel Reber, del Cuerpo de Señales; Comandante Eli D. Hoyle y Capitán Arthur Murray, de la artillería; Capitán Helmick de infantería. Mas tarde se incorporaron los coroneles McClernand, Dorst, Greble, Graig y Cecil, todos procedentes del Ejército Regular y de magnífico carácter, dotes militares y gran experiencia.

De la vida civil nos vinieron los coroneles Hull y Hill, y los comandantes Carlton, Vernados, Parkhill y McMichael; capitanes, Allison, Breckenridge, Hewitt y Latrobe; y los tenientes, Black, Fullington y Titus, cada uno de los cuales mostraron siempre honestidad, patriotismo, fidelidad y competencia en los servicios que les fueron encomendados.

Pero a pesar de toda mi experiencia y buenos deseos, de mi ambición, ni un sólo regimiento o batería fué asignada al Sexto Cuerpo de Ejército que yo comandaba. Nunca he realizado ninguna investigación, ni he preguntado, ni pedido explicación por este hecho, pues siempre he sentido la convicción de que la dejación en llenar los efectivos del Sexto Cuerpo, eran muy significativo y triste para mí, que todo se debía a la influencia política predominante, posiblemente a la hostilidad de Alger, el Secretario de la Guerra, contra mí, lo que pudo haber perjudicado tanto más al país, pues la guerra sufría con esas situaciones una fatal postración y considerables trastornos, tanto en tierra como en el mar. Como más tarde ha sido ampliamente conocido, los españoles estaban tan mal

preparados como nosotros, así es que todos los malos efectos y errores de aquellas disposiciones descabelladas e interesadas con vista al favoritismo a los amigos, de nuestro Departamento de Guerra, no tuvieron el resultado desastroso que pudieron haber tenido.

Hubo muchos y variados comentarios, indudablemente, durante toda la guerra entre los graduados de West Point y otros hombres que observaban el hecho de que tanto al Presidente, como el Secretario de la Guerra, General en Jefe, Ayudante General y todos los generales que comandaban las fuerzas expedicionarias, eran civiles, o oficiales voluntarios que habían sido nombrados al Ejército regular. El Presidente, el Secretario de la Guerra, los generales Miles, Corbin, Chafter, Young, Lauwton, Brooke, Coppinger, Wade y Bates, así como también los coroneles Roosevelt y Wood, pertenecían a estas clases. Con la excepción de Lee y mía, ningún graduado de West Point, tenía mando en el Ejército y ninguno había recibido el comando de una expedición independiente. Todo parecía demostrar que había el deliberado propósito de preferir a los voluntarios y poner a los que habíamos obtenido nuestra preparación militar en las aulas de West Point.

Como yo era el único general superviviente de la Guerra Civil que me encontraba dentro de la edad reglamentaria, que había comandado un cuerpo de ejército en operaciones independientes, y aparte de todo eso, el único que había acompañado una gran expedición militar por mar hasta la base objetiva de sus operaciones, mis amigos pensaban en lo extraño que resultaba que no me fuera asignado la jefatura en el comando de las operaciones en Cuba o Puerto Rico.

Al general G. M. Dodge, del Décimo Sexto Cuerpo de Ejército durante la Guerra Civil, le fué ofrecido el rango de Mayor General en la guerra con España, y al declinar este ofrecimiento se tomó

la libertad de decirle al Presidente McKinley, "Que solamente había un oficial de alto rango poseedor de todas las cualidades y experiencias, de carácter, para el comando de una expedición independiente, o ejército, y que ese oficial lo era el General Wilson". Esto se dijo sin mi previo conocimiento, sin mi aprobación, y no vino a ser conocido por mí hasta mucho después, cuando la confusión y las malas disposiciones de los que atendían y dirigían el embarque y desembarque de la expedición que fué a Santiago de Cuba, vino a ser del dominio público y a convertirse en un escándalo militar.

Más tarde cuando me fué encomendado el traslado de la Primera División en vapores hasta Puerto Rico, hice una inmediata solicitud para que se me proporcionaran los pontones necesarios y apropiados, así como las lanchas de motor para facilitar el desembarque de mis fuerzas con la debida rapidez, pero mis indicaciones y solicitudes fueron ignoradas silenciosamente, y la expedición fué enviada a un lugar desconocido de la costa, sin más preparación para efectuar un desembarco, que los botes de salvamento de que van provistos los barcos, indudablemente inapropiados para esta clase de maniobra y operación militar. Me parece innecesario aclarar que el desembarco pudo haber sido algo que entrara dentro de lo imposible si nos hubiéramos tenido que enfrentar con un enemigo fuerte y determinado a ofrecer una buena resistencia desde sus posiciones de tierra. Lo que por fortuna no ocurrió. Este desembarco se hizo en Ponce, (Puerto Rico).

Fué, justamente, esa ignorancia y negligencia la que trajo a nuestro Departamento de la Guerra, el descrédito; expuso a nuestros jefes militares a la crítica e hizo peligrar el éxito de las operaciones. Es bueno advertir ahora que toda la confusión y de-

mora en el desembarco de las tropas expedicionarias en Santiago de Cuba, lo que culminó poco después con la escandalosa retirada del Quinto Cuerpo de Ejército, por su incapacidad en mantenerse en el campo de batalla con menos de treinta días de campaña en su haber, se debieron a la ignorancia e inexperiencia de los oficiales que dirigían esas fuerzas. Es inconcebible que un ejército invasor compuesto de hombres jóvenes, fuertes, en admirables condiciones físicas, que fueron a la guerra voluntariamente, pudiera haber sido reducido a condiciones tan completas de desorganización y desastre. Es inadmisibles para un militar de experiencia, o para cualquier persona sensata, que ese Cuerpo de Ejército no hubiera podido continuar en servicio activo, en el campo de operaciones, indefinidamente, aun con enfermedades y heridos, si hubiera habido una previsión apropiada, se hubieran tomado todas las medidas pertinentes por oficiales experimentados, conocedores de táctica y procedimientos, capacitados para mandar a hombres, saber conducirlos, cuidar de su salud, subsistencia y transportación. Cuando recordamos que una expedición angloamericana, formada principalmente por milicias coloniales y voluntarios, embarcada en buques de vela, le pusieron sitio a la ciudad de la Habana en 1762, y a sangre y fuego la capturaron y se sostuvieron en ella durante más de diez meses, se nos hace difícil aceptar y comprender como un Cuerpo de Ejército de la época presente, admirablemente armado y equipado, que cuenta con medios fáciles y rápidos para viajar confortablemente hasta el lugar de su destino en buenos buques de vapor, pudo haber sido colocado "hors du combat" después de unas cuantas semanas de servicio entre las agrestes lomas y los hermosos valles que rodean a la ciudad de Santiago de Cuba. Quien fuera el autor o responsable de tantas calamidades no ha sido definitivamente conocido o seña-

lado, pero yo estoy bien seguro que esto ^{no} fue realizado por oficiales de experiencia, ni por aquellos que dieron buenas señales, claramente demostrativas, de que se encontraban libres de pánico y desmoralización.

• Pero no es mi propósito hacer mención y mucho menos una detallada narración histórica de nuestra guerra con España; cuya buena terminación se debe más a la impreparación e ineficiencia del Ejército y la Marina de España, que a la superior organización y dirección de nuestras fuerzas.

La marina de guerra de los Estados Unidos se encontraba entonces, como ahora, y siempre, desde el comienzo de su existencia, presentando una organización bien preparada, eficiente en todos sus aspectos, con jefes competentes y personal adiestrado en sus necesidades militares; todos regulares, sin tropa voluntaria, que puede ser considerada, buque por buque, cañón por cañón, hombre por hombre, como la mejor marina de todos los tiempos. El éxito de Manila fué generalmente atribuído por otras naciones como un golpe de suerte, pero cuando la flota del Almirante Sampson destruyó a la escuadra del Almirante Cervera frente a las costas de Santiago de Cuba, es posible que en los poderes navales del mundo hubo que haberse producido un sentimiento general de asombro y pensarlo mucho sobre nosotros y de lo que podemos representar en el futuro del mundo. Aunque nuestros primos los ingleses demuestren regocijarse con el triunfo que alcanzamos, tenemos buenas razones para sospechar que ellos han meditado bastante en lo que respecta a los artilleros norteamericanos y a los cañones que usan. El Capitán Paget, que era attache naval en mi Cuartel General, al discutirse o comentar la victoria naval de Cuba, en mi mesa, fué suficientemente indiscreto para atreverse a atribuir nuestro éxito al hecho de que algunos artilleros habían recibido

cierto entrenamiento en la armada inglesa. Esto estaba lejos de ser verdad, tanto, como falta de consideración política, por lo que le repliqué, posiblemente con algun calor: "Yo supongo, capitán, que usted dirá que la captura de la Serapis por el Bon Homme Richard, del Guerriere por la Constitución, y la victoria de McDonough en el lago Champlain, y la victoria de Perry en el lago Eric, también se debieron a la misma causa.."

Cualquiera que pudieran haber sido los méritos de esta respuesta, nada importan, pero lo cierto es que ella silenció al capitán ingles y es evidente que los otros invitados a mi mesa quedaron convencidos de que nuestra reciente victoria naval en Cuba en ninguna forma se debía a los artilleros ingleses.

Pero tengo que retroceder a mi narración personal. Habiendo sido por segunda vez nombrado Mayor General en 4 de mayo de 1898, tomé posesión de mi cargo dos semanas más tarde en el Campamento Thomas, en Chickamauga Park, con mi magnífico Estado Mayor de regulares y voluntarios para organizar y dirigir el Sexto Cuerpo de Ejército, en cumplimiento de lo ordenado por el Departamento de Guerra. Seleccioné un lugar apropiado en el viejo campo de batalla de Chickamauga y en seguida puse a los oficiales regulares a instruir a los voluntarios en las prácticas y deberes de la vida militar. Todos estos hombres formaban un brillante grupo que con el mayor entusiasmo realizaron rápidos progresos en el aprendizaje de sus nuevas obligaciones. Habiendo nombrado al Teniente Coronel Tasker H. Bliss, U. S. V., de la artillería regular, un oficial de raras habilidades y conocimientos, como mi Jefe de Estado Mayor, la labor y responsabilidad de poner a sus hombres en condiciones de trabajo, recaían principalmente en él; aunque la instrucción técnica de los que pro-

veían de la vida civil se encontraba encomendada principalmente al Teniente Coronel Bidle y a su competente cooperador, el comandante Flagler, del Cuerpo de Ingenieros. Ellos abrieron en seguida una academia con el propósito de proporcionar instrucción militar sistemática y gracias a una celosa devoción de parte de los reclutas, pronto me reportaron que éstos se encontraban en condiciones de poder prestar servicios conforme a las necesidades del momento sin pretender con esto asegurar que poseían la práctica y experiencia necesarias en la guerra moderna. Con todos los servicios administrativos inteligentemente preparados, hubiera resultado un gran placer organizar mi parte, convirtiendo en soldados a los voluntarios que el Presidente había llamado al servicio militar, para defender nuestra bandera y así formar un buen cuerpo de ejército que actuaría eficientemente, pero, como previamente he explicado, ninguna tropa de línea le fué asignada al Sexto Cuerpo.

Ninguno de nosotros, es decir, ni mis oficiales ni yo, estábamos dispuestos a permanecer inactivos, así que le ofrecimos nuestros servicios al General Brooke, Comandante del Campamento y Jefe del Primer Cuerpo de Ejército, para la organización e instrucción de su primera división, cosa que aceptó agradecido y entusiasmado, por lo que desde ese día hasta la terminación de la guerra estuvimos muy ocupados. La Primera División estaba compuesta de excelentes oficiales y soldados, la mayoría procedentes de la Guardia Nacional, que pusieron sus mayores entusiasmos en transformarse lo más pronto posible en una división de regulares. El Campamento estaba situado en un lugar precioso, bien provisto de excelente agua procedente de los manantiales de Crawford Springs; las prácticas y ejercicios completamente dentro

de la capacidad de oficiales y soldados, así que el trabajo se realizaba con tanta regularidad y precisión y tan a mi satisfacción, que parecía, al hacerlo, que había dedicado a él mi vida entera, en vez de haberlo abandonado como había hecho, hacía unos treinta y tres años. Tal es la fuerza de la educación militar sistemática y de la experiencia, y, aunque son tan diferentes las ocupaciones y hábitos de la vida civil, yo me sentía como si solamente hubiera regresado de una corta licencia para volver a la rutina diaria de la actividad militar, cuando en verdad habían tantos años que la había dejado.



EN EL CAMPAMENTO "THOMAS", CHICKAMAUGA.

EN EL COMANDO DE LA PRIMERA DIVISION.- EL
PRIMER CUERPO DE EJERCITO.- CAMPAÑA DE SAN
TIAGO DE CUBA.- DESTINADO A PUERTO RICO POR
LA VIA DE CHARLESTON.- EN ESPERA DE TRANS-
PORTES.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Todos los preparativos y las excitaciones de la guerra con España, en sus primeros días, se concentraron en la ciudad de Tampa, en el estado de Florida, donde también estaban acampadas las fuerzas puestas bajo el mando de Shafter, - el Comandante favorito de la Administración, escogido solamente por ser un nativo del estado de Michigan, de donde también procedía el Secretario de la Guerra - recibiendo ciertas instrucciones, así que nuestra vida en el Campamento Thomas no era muy apacible.

La intención del Gobierno era hacer de nuestro Campamento un lugar de instrucción y preparación para tres cuerpos de ejército, el Primero, Tercero y Sexto, que formaban un conjunto de más de cien mil hombres puestos bajo la dirección de Brooke, Wade y mía. Como anteriormente dije esta intención se realizó en parte, solamente con respecto al Primer y Tercer Cuerpo; como yo había escogido el Primer Cuerpo para mi trabajo, me encontraba bien entretenido. Después del nombramiento de Brooke como Gobernador de Puerto Rico, yo sustituí a Breckenridge en el comando del Primer Cuerpo, así es que mis conocimientos históricos sobre estos hechos datan desde los primeros eventos de aquellos días.

Brooke, a quien yo había conocido casualmente en el Ejército del Potomac, hacía muchos años, era un hombre simpático, de elegante y apuesta figura, de gran dignidad, que impresionaba por

sus maneras correctas y actitudes militares. Había ganado su alto rango en el Ejército en duras batallas, con una conducta ejemplar, desde el comando de un regimiento en Pensylvania, formado por voluntarios, hasta el comando de una División, siendo designado al Ejército regular a la terminación de la guerra. Se le había elevado al alto cargo, no solamente por su antigüedad, sino también por sus excelentes servicios y buen comportamiento. Dificilmente podrá hallarse en nuestro ejército o en cualquier otro, un tipo de veterano que pueda igualarlo. Era un oficial de hábitos correctos, poderosa inteligencia, un gran sentido justiciero y tenía la rara habilidad, - poco usual - de no considerarse un genio militar. Era un general modesto, con verdadero concepto de la disciplina que no solamente imponía obediencia a sus ordenes sino que acataba y hacía obedecer la de sus superiores. Estaba además ampliamente bien preparado para con su instrucción y cultura desempeñar cualquier rango de responsabilidad que se le confiara, tanto en un campo de batalla, como en un gabinete gubernamental. En una palabra, era superior, en rango, o en cualquier otro aspecto, como no sea en conocimientos de medicina y cirugía, a otro oficial que recibió preferencias sobre él y que mas tarde fué su superior en Cuba. (1)

Resultaba un placer servir bajo sus ordenes, cooperar con él, y si el gobierno hubiera sabido apreciar su carácter, cualidades y verdadero valor, o lo hubiera tomado como consultor con respecto a sus planes y procedimientos políticos, no hay la menor du-

(1) Alude al General Wood. (N. del T.).

da que hubiera podido cumplir su cometido hasta lo último sin producir el menor motivo de crítica o de disgusto. Debe recordarse que fué el Primer Gobernador de Puerto Rico, después que dicha isla pasó a ser posesión nuestra y que fué transferido poco después de la firma del Tratado de Paz con España, celebrado en París, a la misma posición en la isla de Cuba. Al finalizar un año de leales servicios, cuando no brillantes, fué relevado de su alto cargo por un oficial que había ganado el favor en Washington, del Presidente y otros altos gobernantes. Este oficial había sido, - dentro del corte espacio de dos años - elevado desde el sencillo cargo de capitán en el Cuerpo Médico, pasando por coronel y brigadier, hasta mayor general y gobernador general de Cuba, no solamente por encima de Brooke y todos los otros comandantes de cuerpos de ejército y divisiones, sino también por sobre unos seiscientos oficiales regulares, sus superiores en servicios, rango y méritos militares. (2) Este ha sido el caso más notable de favoritismo que pudiera haber ocurrido en cualquier país, excepto en caso de revolución. El General Brooke sufrió esa humillación sin proferir una sólo palabra de protesta, pero sus íntimos amigos saben que sintió la injusticia como puede sentirse una bofetada en pleno rostro.

Todo el tiempo que estuve bajo el inmediato comando del General Brooke, me impuse la costumbre de presentarle mis respetos acompañado de todo mi Estado Mayor, en completo uniforme, asistidos por nuestros ordenanzas; operación que realizaba todas las tardes entre cuatro y cinco, con el propósito de conferenciar con él y recibir sus instrucciones y órdenes para el pro-

(2) Se refiere al General Leonard Wood. (N. del T.).

ximo día. Yo estoy seguro que puedo declarar sin temor a equivocarme que esta visita diaria resultaba un placer y satisfacción, tanto para Brooke como para mí. Todos aquellos eventos de nuestros trabajos en el Campamento Thomas, fueron el comienzo de una tan buena amistad que ha durado hasta el presente sin una nube y puedo asegurar que continuará hasta el final, sin sombra alguna. Feliz el país que es servido por oficiales como Brooke en altos cargos de responsabilidad y poder.

Indudablemente que el principal interés de nuestro Campamento en Chickamauga Park lo constituían las fuerzas que iban llegando a Tampa procedentes de todos los estados de la Unión. Mientras el destino de esas fuerzas era solamente conocido por las autoridades de Washington, la suposición general era que estaban destinadas a la invasión de Cuba, así que la mayoría de los oficiales deseaban ser destinados a ellas. Esto nos mantenía en un estado de continuos cambios y excitación. Los principales generales estaban un día con nosotros y al siguiente ya pertenecían a una de las ciudades próximas a partir. Primero Wheeler, el exconfederado, ansioso de rehabilitarse como un oficial leal; después Lawton, el veterano de la frontera que no necesitaba ninguna rehabilitación pero sí una oportunidad para demostrar lo que era capaz de hacer en un campo de batalla.

Ninguno deseaba aceptar los trabajos de un campamento de instrucción porque todos estaban buscando una oportunidad para lucirse en el frente. Ernst, el cortés y digno superintendente de la Academia de West Point; Sanger, el distinguido artillero y brigadier general de voluntarios, todavía entusiasta y ambicioso; Grant, que hacía tiempo se encontraba fuera del servicio, pero que ahora lucía sus estrellas en reconocimiento a los méri-

tos de su abuelo; todos trabajaban arduosamente, cada uno con la esperanza de ser llamado al campo de batalla y algunos no dejaron piedra por mover con tal de asegurarse ese honor.

En medio de todas estas ansiedades yo devotamente trabajaba por poner a la Primera División en condiciones de poder entrar en acción inmediata^{mente}, "a la última llamada", y tuve éxito en mi empeño pues recibí una calurosa felicitación del General Brooke, donde me expresaba su agradecimiento por la labor realizada en el entranamiento de la Primera División. Es más, después de una marcial y bien presentada revista militar, celebrada el 12 de junio, me dijo: "General, usted es mi mayor y más grande ayuda. Yo nunca le he dado a la Primera División una orden o idea, porque se que^{no}/la necesita, usted..." No deseo ahora reproducir sus afectuosas frases.

Pronto supimos que había grandes ansiedades en Washington. La historia interior del embarque de tropas en el puerto de Tampa, nos llegaba por buen conducto; supimos que había mucha confusión entre oficiales y soldados; que todo se debía a que ninguno de los que allí mandaban y dirigían, tenía el menor conocimiento de lo que era una expedición militar y ni tampoco tenía la más ligera idea o experiencia en esa dirección. Yo me enteraba de todo eso que para mí era esperado. Tenía la seguridad que así habría de suceder al enfrentarse aquellos improvisados con las realidades de esta clase de trabajo. El Coronel, más tarde Mayor General, Weston, Diputado Comisario General, que se encontraba en aquel lugar de tanta confusión y desorden, suministrando víveres y lo que fuera necesario, viendo tantos errores, falta de organización y sistema, recordando sus servicios junto a mí durante el último año de la Guerra Civil y deseando ayudar a Miles,

el General en Jefe, le dijo: -"Si usted quiere poner todo ésto en órden y que los embarques salgan bien, lo mejor que puede hacer es mandar a buscar al General Wilson y ponerlo al frente de estas maniobras donde se necesita un hombre de experiencia, con los conocimientos que él posee..."

La impresión que este consejo pudo haber producido yo no lo se, pero pocos días después de dichas estas palabras le llegaron las ordenes al General Brooke para que me enviara a Tampa con quince mil hombres lo más pronto posible. La primera expedición había salido ya y todos los transportes estaban en uso. Así que teníamos que esperar su regreso para poder embarcar, pero mi División se encontraba dispuesta y ansiosa de entrar en actividades. Ahora me enteraba de las condiciones que prevalecían en Washington; las autoridades se sentían inseguras y cohibidas con respecto al curso que debían seguir las operaciones; no se tomaba las decisiones necesarias en el momento y nos mantuvieron esperando la orden de embarque durante diez días que me parecieron interminables.

Shafter Mientras tanto la expedición de Shafter había desembarcado en la costa de Cuba, en un lugar denominado Daiquirí, en una situación según me informaron de mayor confusión si es posible, que tuvieron al embarcar aquí. (3). Afortunadamente para nuestro país las tro-

(3) Nota del Traductor: El General Enrique Collazo, del Ejército Libertador de Cuba, en su obra titulada Los Americanos en Cuba. tomo primero, pág. 195, párrafo tercero, dice: "Los preparativos de la expedición de Shafter, acusaban poco acierto en el Jefe o en sus ayudantes: el embarque por Tampa se hizo mal, los transportes eran escasos y se vieron obligados a dejar parte de su artillería y la caballería tuvo que venir desmontada, pues no hubo medio de embarcarla y se quedaron en Tampa".

"El desembarque en Daiquirí a pesar de efectuarse sin ser molestados por el enemigo y protegidos por las fuerzas cubanas al mando del General Demetrio Castillo Duany, se hizo en desorden, lo que dificultó más tarde el modo de provisionar las fuerzas desembarcadas".

pas que componían esta expedición eran regulares, bien preparadas y en magníficas condiciones físicas, por lo que todos estuvimos de acuerdo en declarar que ha sido el mejor cuerpo de hombres reunido por cualquier país. Formaban un conjunto, en total, de unos quince mil soldados. Con ellos embarcaron algunos regimientos de voluntarios y dos batallones que se titulaban, - ellos mismos - "Rough Riders" ...pero sin caballos. El desembarco se efectuó en una playa de agua poco profunda y si no hubiera sido por la presencia de las Marina de Guerra, que empleó su personal y lanchas de pequeño calado, se hubiera demorado mucho y hasta peligrado el desembarco; especialmente si los que desembarcaban hubieran tenido que hacerle frente a un enemigo que presentara una resistencia efectiva. Allí no había carreteras y a ésto agréguesele que el comandante general (Shafter) se encontraba imposibilitado de actuar por su excesiva obesidad por lo que no solamente demoraba el avance sino que afectaba la moral de las tropas.

"Le faltaban a Shafter condiciones físicas para la campaña que tenía que dirigir, su excesiva corpulencia y su obesidad, lo hacían poco apto para montar a caballo y lo inutilizaban por completo para hacer el más mínimo ejercicio a pie, pues el calor lo abastía y postraba; así es que desde su llegada estuvo enfermo y relegado a su tienda de campaña".

"Su indecisión de carácter está demostrada en sus partes al Gobierno de Washington, redactados de tal manera que obligaron al General Miles a venir rápidamente a Cuba, para realizar y precipitar la decisión final. Su sociabilidad está reflejada en su correspondencia con el General Calixto García: halagadora e insinuante en los momentos de peligro y grosera e injusta al conseguirse el triunfo". [Estas manifestaciones del General Collazo se ven plenamente confirmadas en los párrafos escritos por el General Wilson. He querido traerlas a este libro porque parte de su valor histórico resultan una defensa a la actuación militar del heroico mambí que según dicen fué criticado algunos años después, en los Estados Unidos, por un ilustre militar norteamericano]. (N. del T.).

Debemos recordar, o fijarnos, que poco después del desembarque en Daiquirí y de los sucesos de Las Guásimas y El Caney el ejército principal de Shafter, bajo el comando inmediato de Kent, Hawkins y Summer, cruzaron el arroyuelo de San Juan y asaltaron y capturaron el atrincheramiento enemigo que corona la pequeña altura de San Juan y domina a la ciudad de Santiago de Cuba. Con la victoria aparente en sus manos, Shafter, perdiendo confianza, si no valor, telegrafió al Secretario de la Guerra en 3 de julio de 1898, con sorpresa para todos, "que él estaba... seriamente considerando retirarse" - (Reporte del Departamento de Guerra, 1898, vol. 1, Parte II, pág. 17)" - como a unas cinco millas y tomar una nueva posición en las alturas situadas entre el río San Juan y Siboney."

Esta sorprendente comunicación, llegada tras de obtenerse un notable éxito, y, seguida, como fué al siguiente día, por un rápido y angustioso pedido de quince mil hombres, (Reporte del Departamento de Guerra, 1898, vol 1; Segunda Parte; página 18, de Shafter al Ayudante General, julio 4, 1898), indica claramente que Shafter personalmente, no había visto, ni dirigido parte alguna en el asalto y no conocía nada del carácter y valor de la posición que sus tropas habían conquistado, lo que se explica dadas sus deficientes condiciones físicas, y militares. Shafter, solo había podido, tras mucho trabajo, llegar hasta un lugar denominado El Pozo, situado como a dos millas de distancia, más o menos, de un valle en que se encontraban las líneas de defensas enemigas; pero al llegar a ese lugar sufrió tan grandes dolores de estómago que se vió obligado a recluirse en su tienda de campaña y a depender de otros para informarse de lo que sucedía.

Ahora se ha llegado a conocer perfectamente que el Coronel Wood, y el Teniente Coronel Roosevelt de los Rough Riders, fueron

más activos en sus actuaciones, por lo menos en lo que pueda referirse a los corresponsales de guerra, y fué esa actividad la que les proporcionó más tarde la mas grande fama y las mayores recompensas aunque ahora es bien conocido que ellos no tomaron parte principal, ni rindieron ningún servicio importante en la captura de los atrincheramientos que coronan las alturas de San Juan. Lo que si es cierto, es que ellos dirigieron sus esfuerzos solamente contra Kettle Hill lugar que bajo una personal inspección de sus terrenos y un examen de todos los mapas disponibles, demuestra ser una pequeña altura, apartada, sin fortificar, y, prácticamente sin defensa alguna, altura que tendrá unos setenta y ochenta pies de elevación y está situada a mas de media milla del frente izquierdo de la hoy famosa loma de San Juan y su principal campo de defensa atrincherado, del cual está separado por un terreno pantanoso que no podía ser cruzado y que fué flanqueado despues que el enemigo suspendió el fuego y se retiró a sus defensas principales cercanas a la ciudad de Santiago de Cuba.

Shaf Del criterio y determinación de tales oficiales se dependió el resultado de esta campaña y el prestigio de los Estados Unidos.

El general de mayor rango, el jefe supremo de todas las fuerzas en operaciones, no había comandado durante toda su vida una acción importante y no podía tampoco dirigir ésta porque sus condiciones físicas se lo impedían y esto no debía ignorarlo el Departamento de la Guerra. Igualmente, ni Wood, ni Roosevelt, habían, con anterioridad, visto, ni muchos menos tomado parte en una acción militar. Para hacer las cosas peor, Young, a quienes más tarde hicieron Teniente Teniente General, sin servicios adicionales, estaba muy enfermo por lo que tuvo que retirarse a la retaguardia más lejana, y Wheeler, aunque presente entre las tropas en acción estaba tam-

bién físicamente descalificado para el servicio, mientras Lawton y Shafter, fueron neutralizados o alejados del campo de acción al ordenárseles realizar una marcha de exploración desde el Pozo al Caney y regreso hasta el principal cuerpo de ejército (4)

Shafter (4) Nota del Traductor: En su obra The Works of the President el Hon. Perry S. Neat, dice: "El 3 de julio, el general Shafter, pasó un cablegrama que decía: "que tenía a la ciudad de Santiago de Cuba cercada por el Norte y el Este", pero agregaba de modo muy significativo: "con una línea muy débil". Decía también que según se acercaba a la población, iba encontrando las defensas tan fuertes que resultaría imposible tomarlas por asalto con las fuerzas de que disponía, agregando: "yo estoy ahora considerando seriamente retirarme" cinco millas y tomar nuevas posiciones sobre el terreno alto entre el río San Juan y Siboney, con nuestra izquierda hacia Santiago y de ese modo poder recibir nuestras provisiones - en grandes cantidades por ferrocarril, que podemos usar, pues tenemos carros y máquinas en Siboney. Nuestras pérdidas hasta la fecha serán de unos mil hombres". Después habla de su propia salud y la de sus generales; de sus esfuerzos para obligar al Almirante Sampson a forzar la entrada de la bahía de Santiago de Cuba. De él mismo dice: "yo he estado inutilizado por el calor durante cuatro días, pero retengo el mando; el General Wheeler está seriamente enfermo y probablemente tendrá que pasar a la retaguardia; el General Young está muy enfermo y guardando cama; el General Hawkins está herido levemente en un pié".

Vicente Mestre y Amabile, en un documentado artículo publicado por el Nouveau Monde de París el 4 de marzo de 1899, donde aclara la participación de las fuerzas cubanas en la toma de Santiago de Cuba, en uno de sus párrafos dice: "Yo probaré también como este general (Shafter) protegido de la fortuna, que permaneció siempre a dos leguas de distancia de la línea de fuego, pretendió retirarse sobre Siboney y abandonar el sitio, cinco días antes que la plaza capitulara, prohibiéndonos más tarde a los cubanos entrar en la ciudad y asistir a la capitulación, diciéndole al General Joaquín Castillo: "This is american territory conquered by us" (Este es territorio americano conquistado por nosotros).



Ningún mensaje, ni informe de ninguna clase había llegado al Departamento de la Guerra, procedente de Shafter durante más de veinte y cuatro horas. El aire en Washington estaba lleno de intranquilizadores rumores. Previos despachos habían anunciado que Shafter y Wheeler, - su segundo en el mando - estaban enfermos; y que Young también estaba enfermo o descalificado para prestar servicio. Finalmente se decía por lo bajo, en el mayor misterio que la fiebre amarilla había hecho su aparición entre la tropa. Esto era algo más serio. "El Presidente y sus secretarios estuvieron reunidos toda la noche, esperando noticias y cuando llegó la mañana del domingo sin ningún boletín del Jefe del Ejército, la ansiedad se expandió por todo el país y la situación fué calificada como extraordinariamente grave". ("La Guerra-Hispanoamericana" por E. A. Alger, Secretario de la Guerra, páginas 172 y siguientes).

Bajo esas alarmantes circunstancias y ante las posibilidades de un desastre nacional, no era nada extraño que el Secretario de la Guerra como una consecuencia de la proposición de retirada de Shafter y su solicitud del siguiente día pidiendo refuerzos, hubiera teleografiado al General Brooke que tenía a su cargo el principal campamento de instrucción, como lo hizo, diciéndole que me enviara con quince mil hombres tan pronto como fuera posible a reforzar el ejército que se encontraba en el frente de Santiago de Cuba. Como dije antes, esta orden debió llegar a poder del General Brooke antes de media noche, y a mí, al aclarar la mañana del 4 de julio. Es innecesario advertir que esta orden la recibí agradablemente y que afortunadamente mi División se encontraba bien preparada y dispuesta para tomar los trenes que habían de transportarla. Esa mañana muy temprano el General Brooke

fué a mi campamento y despues que hubimos de tratar la situación y acordado los planes para efectuar un rápido movimiento en dirección a Charleston, donde debíamos encontrar los transportes me expresó su gran sentimiento de buen soldado al no poder marchar también. Entendiendo que si se necesitaban refuerzos en Santiago de Cuba, nosotros debíamos mandar para allá todas las fuerzas que se encontraban disponibles para así hacer posible o asegurarnos el resultado de las operaciones. Identificado con los deseos del General Brooke, le sugerí que él debía notificar al Departamento de la Guerra que estaba dispuesto a seguirme con el resto del Primer Cuerpo tan pronto le fueran proporcionados los medios de transporte.

Pero a esto el General me replicó: "El resto de las fuerzas no se encuentran en condiciones de ser embarcadas y no podré ponerlas para ello en el tiempo necesario".

"Oh, sí, usted puede. Ahí hay más de treinta mil hombres bien armados y equipados y usted puede seguirnos con todos ellos tan pronto me vaya con la Primer División".

"No, eso no es posible. Habría necesidad de romper la División de Wade, transfiriendo sus mejores tropas a mi comando..."

"Bien, ¿por qué no hace usted eso? Usted es el Jefe de este Campamento y conoce mejor que cualquiera en Washington cuales son sus recursos. Como oficial más antiguo usted está perfectamente autorizado para marchar con sus tropas si es que usted cree que es lo mejor que debe hacer en interés de la nación".

"¿Por qué, General? Usted habla como pensando que puede quitarle a Wade todo lo que tiene, incluyendo su abrigo, tropas y transportes..."

"A eso le repliqué: "Con seguridad que lo haría si nuestro país se beneficiaba con ello" y como Wade estaba presente oyendo todo esto con especial interés, agregué: "Wade será no solamente el hombre que aprobará todo eso, sino que también se ofrecerá él mismo para ir en comando de una división si se le permite hacerlo".

En este instante de la conversación, Wade, que hasta entonces se había mantenido en silencio, habló, como el verdadero soldado que era expresando entusiasmado su entera aprobación a lo que yo acababa de decir ofreciéndose para realizar cuanto pudiera hacer para llevar a efecto todo esto en el tiempo más rápido posible. Con esto se puso término a la entrevista y ambos generales marcharon juntos. Brooke parecía mucho más contento y feliz que cuando vino a mi campamento.

El General Brooke posteriormente sometió mi proposición a la consideración inmediata del Departamento de la Guerra. De todas maneras eso era lo que yo esperaba de él y estoy muy satisfecho de consignarlo así. Poco después fué enviado, con parte de sus tropas a Puerto Rico. Pero afortunadamente para nuestro país, Shafter, mientras tanto, en vez de retirarse de la posición que ocupaba, permitió al Coronel McClernard, su ayudante general, de acuerdo con las apremiantes e insistentes sugerencias de ese oficial, el intimidar al comandante español, enviándole una carta demandando su rendición, y, aunque esto no se hizo de un modo tan preciso, directo, o demostrativo de la confianza que inspira el dominio de una situación y usándose el lenguaje apropiado a tales casos, lo que se hizo fue mas que suficiente para cambiar radical-

mente la situación. A esta medida de la carta-tentativa, siguió un cambio de correspondencia que condujo a una inmediata retirada de los extranjeros residentes en la ciudad, al sostenimiento del Ejército en la posición avanzada que ocupaba, a elevar el -- prestigio de Shafter, y finalmente, a lo que uno de nuestros mayores generales calificó después, refiriéndose a la rendición de las tropas españolas en Santiago de Cuba, "cuando Toral sufrió un desmayo en sus apreciaciones..."

Mientras se sucedían estos hechos es evidente que mis refuerzos no se hacían tan necesarios; pero es indudable, y en eso no hay la menor duda, que el crédito de la demanda de rendición fué debido más al Coronel Mc Clernerd, que lo que pudiera atribuirse al General Shafter, quien no aceptó esa medida en un principio, cuando se la propuso el coronel, y cedió más tarde ante el argumento de que no nos hacía ningún perjuicio y podía traernos mucho bien. Como sucede frecuentemente en la vida militar, los hechos se encargaron de demostrarnos que la decisión fue de lo más afortunada, porque ella encontró al Comandante español en una peor situación de desmoralización - por la destrucción de la escuadra española - que aquellas en que se encontraban Shafter y su ejército.

O C U P A C I O N D E C U B A

COMANDANDO EL PRIMER CUERPO DE EJERCITO EN LEXINGTON Y MACON.- RENOVANDO VIEJAS AMISTADES.- REVISTA MILITAR EN HONOR DEL PRESIDENTE.- PROPENDIENDO A LA UNION CONTINENTAL.- DESMOVILIZANDO REGIMIENTOS DE TROPAS NEGRAS.- CUERPOS TRANSFERIDOS A MATANZAS.- PROPUESTO PARA COMANDANTE EN JEFE.- BROOKE COMO GOBERNADOR GENERAL DE CUBA.- NOMBRADO GOBERNADOR MILITAR DE LA PROVINCIA DE MATANZAS.- CONDICIONES EN QUE SE ENCONTRABA LA ISLA DE CUBA.- RECEPCION AL GENERAL MAXIMO GOMEZ.- LA ADMINISTRACION DEL GENERAL BROOKE.

La campaña de Puerto Rico fué muy corta. Treinta días despues de nuestro desembarco en Punta Fajardo se nos ordenó regresar a los Estados Unidos con las tropas que habían derrotado a los españoles, que ya no eran necesarias para posteriores operaciones militares. Poco después de haber regresado a mi hogar, con algunos días de descanso junto a mis familiares, fui destinado al comando del Primer Cuerpo de Ejército, cargo que al marchar Brooke para Puerto Rico le había sido confiado a Breckenridge. La parte del Primer Cuerpo dejada en Chickamauga Park, - por naturaleza uno de los más encantadores lugares del país - había sido tan seriamente atacada de fiebre tifoidea, que se hizo necesario el trasladarla a un nuevo campamento cercano a Lexington, Kentucky, donde me incorporé el día 20 de octubre. Encontré el nuevo campamento confortable y ventajosamente bien situado. Todas las precauciones científicas habían sido tomadas para terminar con la infección. Las condiciones sanitarias se impusieron de la más estricta manera, pero muchos generales, tanto como algunos oficiales de estado mayor y de línea se encontraban ausentes, en uso de licencia, pero se hacía necesario trabajar mucho para poner el campamento en las verdaderas condiciones que se requerían para el servicio futuro,

al suponerse que el clima de Cuba era propenso a enfermedades tropicales. Había todavía algunos casos de fiebre tifoidea y fué necesario otro cambio de campamento para alejar completamente esa enfermedad. Se terminaba la estación y una temperatura fría y molesta comenzaba a dejar sentir sus efectos. Nuestra principal ocupación fué conocer que era lo necesario para un ejército de ocupación que había sido determinado en número de cincuenta mil hombres. De acuerdo con mi propio juicio y el de las autoridades de Washington, se me ordenó trasladar mis tropas por ferrocarril al suroeste de Georgia, situando mi Cuartel General en Macon. Debo declarar que toda esta región me era muy familiar porque en ella había yo operado y terminado hacía un tercio de centuria, la Guerra Civil.

El clima de Georgia era magnífico, los terrenos de nuestro campamento fueron convenientemente adaptados para las necesidades por una oficialidad preparada en esta clase de trabajo, y conocedora al mismo tiempo de las medidas pertinentes para implantar condiciones sanitarias que aseguraban a la tropa su mantenimiento limpio y confortable. Contado con comandantes de división como Bates, Sanger, y Ludlow, las tropas se encontraron pronto bien satisfechas y perfectamente alojadas. Se había tomado todas las precauciones necesarias, los soldados enfermos o débiles habían sido dejados atrás, se habían usado desinfectantes de todas clases en abundancia, así que al transcurrir cuatro días nos encontramos convencidos de que todos estábamos libres de infecciones y en mejores condiciones que antes. Comenzaron en seguida las instrucciones y ejercicios militares y a los pocos días todos los departamentos de la administración fueron elevados al más alto grado de perfección.

Como había necesidad de obtener tropas que pudieran resultar

inmunes a la epidemia, me fueron asignados algunos regimientos de tropas negras, recientemente organizados en el Sur, y, aunque comandados por buenos oficiales, muchos de los cuales eran regulares, uno de esos regimientos llegó a nuestro campamento en ciertas condiciones de desorganización. La primera noche que estuvieron con nosotros se nos reportó que habían ingerido bebidas alcohólicas y que su conducta era desordenada. Unos cuantos soldados abandonaron el campamento, sin autorización, y con sus revolveres, con un pretexto trivial, comenzaron a disparar en algún lugar de la vecindad. Cuando se me informó lo que sucedía ordené inmediatamente al comandante de la División que con tropas blancas rodeara todo el campamento; ordené una llamada general de tropa, inmediata formación, pasé lista donde se debía responder al nombre individualmente, reportando ausencias, desarme, quite de banderas del regimiento, arresto de los culpables de desorden y prohibición de abandonar el campamento para todos hasta que los comandantes pudieran asegurarme que sabían como manejar a sus soldados y hacerlos cumplir como buenos militares.

La lección fué silenciosamente administrada, con la rapidez que exigían las circunstancias, aunque su importancia no fue apreciada hasta que llegamos al final. Al amanecer todos los ausentes habían sido detenidos y las tropas en conjunto habían recibido una buena lección de disciplina y obediencia, que nunca olvidarían. Implanté un sistema de ejercicios por escuadras e instrucciones de campamento que fueron rígidamente llevados a cabo; Una semana más tarde le fueron restituídas sus armas a la brigada negra que en lo adelante resultó modelo de buena conducta y disciplina militar, altamente apreciada en el Primer Cuerpo de Ejército. Este episodio en si me proporcionó una admirable lección. Estimando

que los buenos cubanos eran un pueblo civilizado que con razón se habían rebelado contra la opresión extranjera y por tanto debían ser tratados como amigos y aliados, en vez de enemigos conquistados, yo en seguida recomendé que fueran desmovilizadas todas las tropas negras que se encontraban en el Primer Cuerpo de Ejército. Los presenté como elementos que de ninguna manera podían representar al Ejército de los Estados Unidos en trabajos de restauración del orden, pacificación de la isla y preparación de su pueblo para el gobierno propio, Afortunadamente mis puntos de vista fueron aceptados por el Presidente y todas las tropas de color separadas antes de que nosotros fuéramos transferidos a Cuba. El resultado fué de lo más satisfactorio en todos respectos, porque ello permitió que americanos blancos, del mejor tipo, llevaran adelante el trabajo que les fué conferido por la Resolución Conjunta del Congreso y el Tratado de París.

Es seguro que en Cuba, durante su ocupación, hubo actos ocasionales de mala conducta y a veces hasta de violencias por parte de unos cuantos soldados ebrios, pero en general, ningún país ha enviado a parte alguna un cuerpo de ejército que haya representado mejor a su civilización y a su cultura, e interpretado mejor la misión que le había sido encomendada. Una y otra vez algún oficial - no siempre de rango inferior - olvidó, o dejó de comprender su misión de simple trabajo de pacificación y tomó parte en la reconstrucción política y administrativa, exactamente como si creyeran que eran conquistadores que habían venido a ocupar esa tierra infefinidamente. No se precisar a que se debía todo esto que se presta a diversas conjeturas, pero tengo algo más que decir a este respecto y lo haré al narrar mi estancia en Cuba.

Mientras tanto el Primer Cuerpo de Ejército permanecía en su

campamento de Georgia, donde nos encontrábamos hacía dos meses. Como yo había hecho muchas amistades a través de todo el estado, especialmente en Macon, durante los seis meses que siguieron a la terminación de la Guerra Civil, las principales familias entraron en seguida en contacto social con nosotros; es decir, los altos oficiales y nuestras familias, dispensándonos las mayores atenciones. Muchos de los viejos ciudadanos habían ido con la mayoría, pero aquí y allá siempre encontramos a algunos que habían olvidado los días de humillación y derrota y nos daban la bienvenida con manifestaciones del más alto respeto. Entre estos puedo citar al Senador Bacon, Mayor Hanson, los Nesbits, los Johnsons y a la familia de Howell Cobb. Allí también estaban muchos otros que habían oído a sus parientes y amigos hablar de mi actuación y estancia entre ellos durante aquellos días de prueba para la Unión, así que todos me extendieron la mano amistosamente e hicieron cuanto les fué posible para demostrarme que ellos nos estimaban no solamente como ciudadanos, sino también como a los soldados y representantes de una patria unida y única. Al Senador Bacon le estaré reconocido siempre por su apoyo a mi confirmación, acordada un año antes, como Mayor General, por la Alta Cámara.

El Senado en una sesión ejecutiva iba a proceder a confirmar mi nombramiento cuando el Senador Bacon, solicitó una demora en la votación y al concedérsele la palabra dijo: "La fortuna siempre incierta de la guerra, me hizo a mi prisionero del General Wilson, al finalizar la Guerra Civil, y me encontraba sujeto a una libertad condicional donde me obligaba a presentarme diariamente en su Cuartel General. Esto lo venía haciendo durante algún tiempo con mortificante regularidad, ya me sentía algo más que molesto y una mañana solicité ver al General Wilson. Deseaba acabar de una

vez y estaba dispuesto a afrontar la situación. Me encontré con un hombre más joven que yo, de aspecto agradable y acogedor. Después de decirle quien era yo y el cargo que ocupaba en el Estado Mayor del General Cobb, le dije que la guerra se había terminado y yo deseaba ya verme relevado de esa diaria presentación en su oficina, que me robaba un tiempo que yo podía dedicar en luchar para mi familia; pues aunque tenía muy poco dinero y mis negros esclavos habían sido libertados, aun me quedaban tierras que podía y deseaba cultivar". "En estas condiciones, el Senador Hawley, Presidente del Comité de Asuntos Militares, creyendo tal vez que yo pensaba oponerme, se acercó a mí y me preguntó muy por lo bajo que era lo que me pasaba con el General Wilson. Yo, separándolo a un lado, le contesté: "Espere un momento" y continué de la siguiente manera: "...Después de oírme con la mayor atención, levantándose de su asiento, Wilson puso su mano sobre mi hombro y me dijo: "Seguramente usted queda relevado de la palabra empeñada. Esa bandera^{que}/flota allí fuera es tanto suya como mía; esta es su patria que tiene que ayudar a restaurar y hacerla próspera... Y, ahora que hablamos, Capitán, tal vez usted pueda usar unos cuantos caballos y mulos en los trabajos de su hacienda... Si es así, yo tendré sumo placer en darle instrucciones a mi cuartelmaestre para que se los entregue en seguida..."

"Puedo asegurar que quedé sorprendido de tan inesperada generosidad por parte de un Comandante Federal, y como una demostración de mi inolvidable agradecimiento, aun en este día lejano a aquellos acontecimientos, deseo solicitar de mis compañeros del Senado, se proceda a aceptar el ascenso del General Wilson, unánimemente, sin discusión". No es necesario añadir que la proposición fué aprobada inmediatamente.

En Macon todos parecían dispuestos a olvidar el pasado para recordar solamente los actos de buena voluntad y mejores deseos que se me atribuían de aquellos días de incertidumbre que afortunadamente pasamos para siempre. Yo tenía instalado mi Cuartel General en los mismos salones de Lanier House que había ocupado en el verano de 1865. Se habían efectuado muy pocos cambios en el hotel, pero la ciudad había crecido dos o tres veces más que cuando yo la ocupé. Los negocios se encontraban en magníficas condiciones; la región en el estado más floreciente, y, como sucede siempre que corre el dinero, el pueblo feliz y contento. Se nos dieron y dimos, una serie de fiestas sociales, tes, almuerzos, banquetes y recepciones, bailes... En fin, las bandas militares ofrecían conciertos en los parques públicos, las banderas siempre se encontraban desplegadas y efectuamos distintas revistas militares. El Presidente, el Secretario de la Guerra, miembros del Congreso y ciudadanos distinguidos procedentes de todas partes de la Unión nos visitaban frecuentemente. Se dieron banquetes, se pronunciaron discursos patrióticos, y se llegó a un sincero entendimiento para borrar los ingratos recuerdos que existían entre Norte y Sur. En todos estos eventos yo era necesariamente la figura principal hasta que el Presidente apareció en escena, pero puedo asegurar que siempre mis discursos fueron encaminados a mantener una política de cordialidad y unión, así como estrechar las mejores relaciones entre los soldados y el pueblo que nos rodeaba.

McKinley Yo había conocido y sostenido una buena amistad, de esas que pueden calificarse de casi íntimas, con el Mayor McKinley desde que este por primera vez fué electo congresista. Nuestra amistad nos permitía hablarnos libremente, con la mayor confianza, de los

asuntos políticos nacionales. Esto lo habíamos hecho en las convenciones políticas nacionales y en otros lugares. Yo lo había visitado como amigo cuando fué Gobernador del estado de Chile. Le ayudé de manera efectiva para que fuera electo Presidente y había conferenciado con él en su hogar de Canton, después de su elección. Luego de su toma de posesión lo visité en la Casa Blanca donde hablamos largamente, y, aunque nunca lo consideré como uno de los grandes estadistas que ha producido nuestro país, lo estimé como un ciudadano amable y que trataba de proceder bien, de hábitos irreprochables y, sobre todo, un político muy astuto. El conocía perfectamente los puntos de vista que yo sustentaba con referencia a la "unión continental" y un mejor acercamiento con las repúblicas del continente americano, y, especialmente en favor de una honorable y justiciera unión de los Dominios del Canadá con los Estados Unidos en cualquier forma que ella pudiera ser llevada a cabo. Nosotros habíamos discutido esos problemas en todos sus aspectos, en Canton, solamente hacía diez y ocho meses. McKinley me había asegurado su decidida y fervorosa aprobación a mis puntos de vista y especialmente en lo que se refería a la sugestión de que los Republicanos debíamos favorecer las relaciones comerciales y de amistad con el Canadá, que nos traería como resultado, tarde o temprano, una unión económica, si no política, entre los dos países. Que esto significaba algo muy beneficioso se demostró con el hecho de que por espacio de ocho años la "unión continental" apareció como uno de los objetivos a alcanzar en la plataforma del Partido Republicano, con la aprobación de McKinley y sus partidarios de Ohio y como resultado directo de mi actuación a ese respecto en un comité del cual yo era presidente. Pero esto no es todo. En la última Convención, cuando la rebelión de los cubanos y la Guerra con España estaba muy lejos de ocupar las

primicias de la opinión pública, nosotros discutíamos este asunto en todos sus aspectos y él, McKinley, me aseguraba siempre que veía esa unión con el Canadá como una medida, un objetivo que mantenía siempre "in mente" el poder llevar adelante, considerándola como la "corona de gloria" de su administración.

Con todas estas ideas y antecedentes en mi mente, fui inesperadamente llamado a la tribuna para hacer uso de la palabra, como el orador que debía hablar después del Presidente. Ya las tropas habían desfilado cuando los aplausos del público llevaron al Presidente a la tribuna donde comenzó a hablar haciendo resaltar que la glorificación y el poder de la nación se manifestaban en la Guerra con España. Aunque no puede decirse que él empleara las palabras "poder mundial" o "potencia mundial" el germen creador de la idea estaba evidentemente en su mente y se veía en sus manifestaciones. La respuesta del pueblo allí congregado fué entusiasta; manifestada en nutridos aplausos.

Bajo esa inspiración, aunque yo hablaba con el mayor ciudadano, no solamente aprobé y celebré todo cuanto el Presidente había dicho, sino que agregué en sustancia que como los Estados Unidos eran la más grande área en el mundo destinada al gobierno libre y a la libertad comercial, yo esperaba que llegaría el día en que nuestra bandera flotaría suprema y soberana desde el oceano Artico hasta el Istmo de Panamá; sobre todo un continente, no solamente libre de dominios europeos, sino dedicado solamente y por siempre, a la causa de la paz. La respuesta fué todavía más entusiasta y después de una pausa continué declarando que la realización de estas aspiraciones la "glorificación" de la administración que tuviera la buena fortuna de llevarla a cabo.

No había en todos estos conceptos, expresados por mí, una sola palabra con referencia a guerra, conquista o factible anexión, no obstante, los prolongados aplausos atronaban el espacio y la aprobación del Presidente demostraba ser calurosa y entusiasta. Todo lo que había dicho era impremeditado y espontáneo. Yo no pensaba hablar y mucho menos escribir lo que acababa de declarar. Los reporters de los periódicos tomaron notas de todo esto como sorprendidos, no solamente por la situación en que fueron expresadas estas opiniones, sino también por el hecho de haber hablado claramente de estos problemas tan delicados. Los periodistas, naturalmente, captaron una versión pobre de lo que realmente se dijo, pero condensando mi opinión en párrafos escogidos, fueron presentados a la opinión general como un reto o intimidación a las potencias del mundo y especialmente a la Gran Bretaña, donde se daba a entender que no solamente debía ella retirarse del hemisferio del Oeste, sino dejárselo también, bajo su exclusivo control, a una nueva gran potencia que surgía; los Estados Unidos de América.

Aunque el Presidente sabía exactamente lo que estaba en mi mente y lo que había expresado, así como lo que ya habíamos hablado y lo que sobre el particular él pensaba, como era un hombre tímido por naturaleza, se alarmó, temiendo a las manifiestas disposiciones de las naciones europeas para aminorar las ventajas que pudiéramos reclamar como victoriosos en la guerra con España. Es posible que algunos estadistas y escritores europeos considerando nuestro éxito y sus oportunidades, hubieran llegado a la conclusión de que como sus banderas eran las únicas enseñas que aún flotaban sobre una parte de la América del Norte, ellas resultarían las próximas que tendrían que marcharse, y ante este vaticinio una buena política de su parte sería pasar una nueva hoja del libro de la historia, y, en lugar de

colocarse frente a nosotros, como siempre había hecho en el pasado, el Presidente pensó en una política de mejor entendimiento y de más estrechas relaciones en el futuro internacional.

De aquí parte un hecho significativo: "la unión continental" desapareció desde entonces nadie sabe cuando ni como de la plataforma del Partido Republicano en cuyo documento político había aparecido por espacio de muchos años. Exactamente es un misterio, pero desde ese día se ha dicho y escrito más sobre los lazos de sangre, afecto y amistad entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, que lo que se había escrito y dicho durante todo el siglo pasado. Cualquiera que haya sido el motivo, lo cierto e indiscutible es que McKinley fué el primero en entregarse a esta honorable política, en cuya realización él no hacía tanto tiempo había declarado - en momentos de franqueza - que la estimaría "como la corona de gloria" de su administración...

.

El asunto propio a determinar cuando el Presidente McKinley visitó a Macon, fueron la ocupación de Cuba, la disposición de las fuerzas, la designación de los oficiales para la jefatura y los distintos comandos de departamentos, así como la determinación de la política que debía llevarse a cabo en la isla. El General Miles se encontraba en dificultades con el Departamento de la Guerra con referencia a detalles de la administración militar. Brooke había sido dejado en Puerto Rico, pero se le suponía inconforme con el pequeño número de soldados que habían dejado bajo sus ordenes. Wood había sustituido a Lawton en Santiago de Cuba bajo circunstancias ~~una~~ especiales; todo esto nos dejaba a Wade, Lee, y a mí, como los de mayor graduación y antigüedad entre los cuales, naturalmente, debía seleccionarse al gobernador de Cuba. Wade pertene-

cía a una distinguida familia, muy influyente en el estado de Ohio, así que muy pronto llegó a conocerse que por esta razón, y no por otra mejor, él era el candidato más fuerte y favorito del Presidente. Su edad, servicios y carácter eran de lo más acreditable y su nombre fué seleccionado por muchas personas de crédito e influencia. Lee había sido gobernador del estado de Virginia, y era, además, un oficial de méritos indiscutibles y gran popularidad. Los más grandes argumentos en su contra eran que había pertenecido al Ejército Confederado y estaba afiliado al Partido Demócrata.

Yo no dejaba de tener amigos de grandes influencias. Aunque nunca había sido un consagrado a las actividades políticas, en mi actuación de vida civil había conocido y tratado a muchos gobernadores de estados, senadores, representantes, notables personajes, exoficiales del ejército y activos periodistas, y finalmente, por espacio de un tercio de centuria había trabajado activamente en varias partes del país como ingeniero director de ferrocarriles, estando considerado como un hombre de negocios que había siempre cumplido sus obligaciones de ciudadano leal y honesto. Los senadores Frye, Allinson, Platt, de Connecticut; Foraker, Aldrich, Cullon, Fairbanks, Lodge, Bacon y Cusheman K. Davis, eran todos íntimos amigos míos, que habían llegado a la conclusión y determinación, - sin la más pequeña solicitud de mi parte - que yo era quien contaba con las mejores calificaciones, y era el Mayor General mejor preparado, lo mismo en el Ejército regular que en los cuerpos de voluntarios, para ser designado primero para el comando en los campos de batalla y más tarde, Gobernador General de Cuba. Los oficiales regulares del Ejército, especialmente aquellos de mayor rango, se manifestaron en número muy considerable a mi favor

y en todo cuanto les fué posible demostrarlo fueron los más entusiastas sostenedores de mi candidatura. Los generales Howard, Schofield, McCook y Dodge, de todos los cuales era conocido desde hacía muchos años, me recomendaron por propia iniciativa. Además de esto el General Dodge, sin consultar conmigo, después de haberse pasado una temporada en el campamento de Lexington, como Presidente de una comisión que estaba realizando determinadas investigaciones, en una entrevista que sostuvo con el Presidente le aconsejó con los mayores entusiasmos que me nombrara.

Pero esto no fue todo, el Secretario de la Guerra, Alger, de quien yo nunca fui un admirador y con quien solamente había sostenido una ligera relación de amistad, envió a un oficial de alto rango en "misión confidencial" - un extraño para mí - para que realizara una minuciosa y concienzuda investigación con referencia a mi actuación personal y oficial para llegar a conocer mis aptitudes con referencia al alto mando y al recibir de ese oficial un informe favorable, procedió inmediatamente a solicitar del Presidente, no solamente que me pusiera al frente del Ejército de ocupación, sino también que me designara para el mas alto cargo de Gobernador General. Los periódicos "New York Sun", Evening Post, Chicago Tribune, Cincinnati Commercial, Louisville Courier-Journal, Sant Louis Globe Democrat, y muchos otros de gran importancia del Este y Oeste, desde el principio, repetidamente, y en términos que no dejaban lugar a dudas, se expresaron en forma muy favorable a mi designación. Ninguna de estas recomendaciones fueron solicitadas por mí y en su desinterés radica mi mayor agradecimiento.

El trabajo que mis amigos deseaban encomendarme se adaptaba admirablemente a mi capacidad y condiciones naturales y estoy seguro que de haber sido designado hubiera sabido ganarme el aprecio

del pueblo cubano estableciendo las mejores relaciones de confraternidad y sólidos lazos comerciales entre Cuba y los Estados Unidos. Pero indudablemente el Presidente era un contrario gratuito; él mantenía la idea de nombrar a Wade y ese era su más firme propósito hasta el día en que el General Brooke se presentó en Washington, a mediados del mes de diciembre. Hasta entonces no se había mencionado su nombre como posible candidato, pero el día 13 de diciembre de 1898, ante la general sorpresa, Brooke fué designado Comandante General de la recientemente establecida División Militar de Cuba y Gobernador de la Isla. Que argumentos o influencias se emplearon en su favor, es algo que yo nunca he tratado de averiguar, aunque siempre he supuesto que ellos fueron su actuación como oficial regular con servicios sin interrupción, su magnífico carácter y encontrarse más inmediato al General Miles en el rango activo. Como el General Brooke era más antiguo que yo, como regular y voluntario, le presté mi más leal y entusiasta cooperación. No tengo la menor duda, y siempre lo he pensado así, que con las debidas instrucciones él hubiera obtenido un admirable éxito político en su administración al frente de los asuntos de Cuba.

La Isla de Cuba tiene algo así como más de setecientas millas de largo y unas sesenta millas de ancho, con un área como de cuarenta y cuatro mil millas cuadradas. En un principio se subdividió por provincias en seis distritos militares, y, - esto vino a serlo más tarde - aunque Brooke deseaba encargarme del comando de La Habana, no le fué permitido decidir ni siquiera en ese sentido. El mismo Presidente hizo la designación de Brooke, Lee, Ludlow y mía. Bajo esos nombramientos, la provincia de La Habana le fué encomendada a Lee, mientras Ludlow, uno de los comandantes de mi Divi-

sión, obtuvo la ciudad de La Habana, Como oficial regular del Cuerpo de Ingenieros, justamente era el indicado para desempeñar dicho cargo ya que se necesitaban urgentemente realizar multitud de obras sanitarias y reparaciones en la capital de Cuba. La provincia y ciudad de Matanzas me fueron encomendadas bajo órdenes del Departamento de la Guerra. Bates, otro comandante de mi División fué designado para mandar en la provincia de Santa Clara, pero continuó prestando servicios en las filas sin llegar a ocupar el cargo, que me fué agregado a mí, cuando en abril del mismo año fueron reducidos a tres los departamentos de la isla.

Originalmente se intentó que el Primer Cuerpo de Ejército llegara a Cuba en diciembre, pero la falta de transportes hizo imposible esta intención hasta enero de 1899. Cuando el movimiento de traslado se encontraba en progreso el Cuerpo de Organización fué disuelto, asignándose entonces las tropas a los departamentos en la forma que indicaba anteriormente.

Yo llegué a Matanzas con la magnífica División de Sanger, donde cada hombre se encontraba en espléndidas condiciones físicas, dos días antes que las tropas españolas fueran embarcadas para su país. Sin haber reconocido a las tropas cubanas o tratado en forma alguna con sus jefes, los españoles habían mantenido el orden y la disciplina en sus destacamentos y cuidado de la ciudad hasta que rápidamente tomaron los transportes que le fueron facilitados para regresar a su patria. Las fuerzas españolas ocupaban el Este de la ciudad y su puerto, mientras las avanzadas de mi comando, un batallón del Tercero, U. S. Ingenieros y voluntarios, bajo la supervisión del Coronel Biddle, de mi Estado Mayor, tomaba posesión del fuerte San Severino y la parte de la ciudad y sus suburbios situados al oeste de la bahía.

Entre esas tropas españolas y americanas no se cambiaron las cortesías y ceremonias de estilo en tales casos. Nuestras comunicaciones, sencillas y de carácter formal, carecieron por completo de demostraciones innecesarias. La realidad era que allí había una dominación española que cesaba para dar cabida a una ocupación norteamericana. Al atardecer, con los saludos militares de rigor y comunes en la rutina diaria del campamento, la bandera de España descendió del mastil de San Severino y al otro día con casi parecida práctica corriente, se elevaba en el mismo lugar la de las barras y las estrellas.

Esa noche cuando el último transporte que se llevaba a los españoles desapareció de nuestra vista, envié a un mensajero al campamento del General Betancourt, que con sus tropas cubanas se encontraba en un lugar no muy lejano de la ciudad, para invitarlo a que vinieran. Había que celebrar una "fiesta" con esos patriotas que aun no habían hecho su aparición en la ciudad. La única condición que se le impuso a las fuerzas cubanas fué que debían hacer su entrada en la ciudad sin municiones y que no debían tampoco efectuar ningún acto de violencia vengativa contra los españoles que habían quedado en Cuba como subditos del Gobierno de España. Difícil resultaría poder describir la alegría del pueblo de Matanzas al ver entrar a aquellos soldados, sus hermanos, que tras cruentos sacrificios veían ya las posibilidades de ver realizadas sus aspiraciones. El General Betancourt y yo nos encontramos en los balcones del edificio del Ayuntamiento, lugar que domina una plaza cuadrada, de grandes dimensiones, que se encontraba completamente llena de soldados y ciudadanos. Nos abrazamos a la vista de aquella multitud frenética de entusiasmo, mientras las bandas de música dejaban oír sus himnos bélicos y cantos de guerra.

Esa fué una verdadera noche de gala, caracterizada por el más noble de los entusiasmos patrióticos y donde no se registró un sólo incidente desagradable, ni una nota de violencia, ni mala conducta. Todo era alegría y allí se inició una tan grande amistad entre el General Betancourt (5) y yo que tengo la seguridad ha de durar lo que nuestras vidas; asimismo la confraternidad entre los patriotas cubanos y las tropas a mis órdenes, manifestada en multitud de demostraciones afectuosas, es algo que también resultará inolvidable para los que vivieron aquellos momentos.

El General Brooke, nombrado Gobernador General por designación del Presidente, dictó su primera resolución desde La Habana en 27 de diciembre de 1898. Esa "Orden Militar" no contenía ninguna instrucción, ni la más ligera alusión a la forma de gobierno que debía seguirse con respecto a Cuba y al pueblo cubano. Debe recordarse que los españoles antes de retirarse había establecido un sistema que era conocido como "gobierno autónomo", para la isla y sus distintas provincias. Para constituir ese gobierno habían designado e instalado, un gobernador para cada provincia, haciendo lo mismo con los alcaldes y consejeros en todas las ciudades y pueblos importantes. En lo que a mi conocimiento puedo expresar, esas autoridades por lo general eran cubanos nativos, de buen carácter, con tendencias conservadoras y de superior educación. En la provincia a mi cargo, "los autonomistas" como eran llamados, me ayudaron en el mejor desenvolvimiento administrativo, proporcionándome sanos consejos, indicándome pautas admirables y estableciendo en todos sentidos una actitud de cooperación que siempre sabré agradecer.

(5) Se refiere al Mayor General y Dr. Pedro E. Betancourt.

Pero había allí también algo muy respetable, digno de las mayores consideraciones: un Gobierno de la República en armas, con su Asamblea Nacional, que representaba la causa de "Cuba Libre e Independiente". Este Gobierno era genuinamente cubano. Había luchado arduamente, de modo incansable, por el éxito de la revolución, y, aunque no había podido establecerse permanentemente, ni contaba con una capital nacional, ni podía asegurarse que había sido electo por el pueblo en una votación, no podía existir en cambio la menor duda sobre que ese gobierno se había regido por una Constitución escrita, bajo la cual había encausado y controlado la revolución contra la Madre Patria, conducido sus negociaciones y organizado sus operaciones militares, su economía y sus asuntos políticos, tanto en territorio nacional como en el extranjero.

Verdaderamente, el General en Jefe de ese Ejército revolucionario, Máximo Gómez, había sido en ciertos períodos de la guerra, investido con poderes dictatoriales, y aunque en algunos casos había demostrado cierta disposición de ser algo duro o arbitrario con sus propias gentes, mientras operaban por los montes, él mismo había pronunciado al comando de sus tropas y guardado su espada con tantas ceremonias como lo hizo nuestro Washington, ya que no era como aquel, el mayor poseedor de tierras, ni el hombre más rico de Cuba, solamente era un hombre pobre, un ferviente patriota, aunque nacido en otra isla cercana. Al serle notificado formalmente por la Asamblea, pocos meses después, que la guerra había terminado y que, la isla se independizaba de España y que su Ejército iba a ser disuelto, prontamente, envió su renuncia del alto mando, sin una palabra de protesta y con ^{tan} noble modestia como pudo haberlo hecho el mismo Cincinnati.

Bajo estas condiciones, acreditables y encomiásticas para el pueblo cubano y sus dirigentes, era significativo y sumamente extraño que al ocupar la isla los Estados Unidos enviando a ella un ejército de cincuenta mil hombres, después de haber celebrado un tratado de paz con España, ninguna de nuestras autoridades, civiles o militares, expresaron una sólo palabra, ni promulgaron un sólo decreto, definiendo nuestra política, declarando nuestra intención, o diciéndole al pueblo cubano qué esperábamos de ellos durante nuestra intervención.

En vista de la específica declaración de la Resolución Conjunta que había sido ampliamente publicada a través de todo el mundo donde se declaraba enfáticamente que los Estados Unidos no ejercían ninguna soberanía, jurisdicción, ni control sobre la isla de Cuba, como no fuera con fines de pacificación y que era su determinación y propósito cuando ésta se encontrase terminada, retirar todas sus fuerzas armadas y dejar la isla y sus gobierno a su pueblo, debía entenderse que ninguna otra aclaración en ese sentido se hacía necesaria. Pero la formal ocupación de la isla después de firmado el tratado de paz resultaba un evento tan importante a los ojos del mundo, que una declaración de propósitos se hacía indispensable, por parte del Gobierno de los Estados Unidos o de su Ejército de ocupación.

Es hubiera sido la guía del Gobernador Militar, de los comandantes y empleados civiles de todas las categorías, así también como la conducta a seguir por el propio pueblo cubano. Que ellos esperaban algo de esta índole es innegable. El Ejército Cubano, modestamente solicitó permiso para efectuar fiestas celebrando el cese de la dominación española en la tierra que tanto habían luchado por liberar, pero esto les fué negado, como más tarde se publicó "hasta que la excitación se enfriara y desapareciera" y "las pasiones del pue-

blo pudieran ser controladas". El motivo, como se indica, era, podemos aceptarlo, el mejor, pero el temor y la aprensión al peligro de vidas y propiedades, con cincuenta mil soldados americanos para mantener el orden y cuidar que no se alterara la paz en el pueblo que había siempre demostrado ser respetuoso y ajeno a la violencia y al disturbio, era, sin lugar a dudas, de una enorme injustificación.

La falta de definición en la política del General Brooke, levantó un sentimiento - como era natural - de aprensión y recelo, que solamente pudo ser aminorado parcialmente, por su declaración formal, -Orden Militar del 1 de enero de 1899- donde se anunciaba el mismo, "como la representación personal del Presidente de los Estados Unidos" con el humanitario propósito de poner término a las desastrosas condiciones en que se encontraba la isla. Mientras que declaraba que el objeto de su gobierno era dar protección al pueblo, seguridad a personas y propiedades, restaurar la confianza general, reanimar el resurgimiento de los propósitos pacíficos reconstruir las plantaciones devastadas, restaurar el tráfico comercial y darle la mayor protección a todos los derechos civiles y religiosos, declaraba también que todo esto se realizaría a través de los canales de una administración civil, bajo las determinaciones de un Código Civil y Criminal, previamente puesto en vigor, y, finalmente, invitaba al pueblo de Cuba a cooperar en estos propósitos. Con la declaración final de que siguiendo este curso se "aseguraría un bondadoso y beneficioso gobierno" se mantuvo un absoluto silencio sobre la acción política que el pueblo cubano pudiera tomar. Por lo que se ve se ignoraba todo: el gobierno autónomo establecido por los españoles y el Gobierno Republicano, es-
 ↓ despreocupadamente se asumía, por el Comandante norteamericano establecido por la revolución; mientras todos los arbitrarios pode-

res de un Capitán General español. No Había en todo esto una sólo palabra de reconocimiento de la República de Cuba, ni de la soberanía del pueblo cubano. Con todo lo que se decía y hacía, mucho de lo cual resultaba admirable, no había escrita una sólo palabra donde se reconociera la obligación establecida sobre el Presidente y su Gobierno por la Enmienda Platt, escrita o determinada en el Artículo Cuarto de la Resolución Conjunta, ni siquiera una sugerión señalando la limitación del gobierno de intervención, ni del establecimiento de un gobierno por el pueblo cubano. Nada podía ser más indefinido y todo tendía a demostrar que había el firme propósito de que los Estados Unidos continuaran en posesión de la isla y últimamente se la anexarían a despecho de la clara y diáfana obligación establecida por el Congreso en la Declaración de Guerra a España. En vista de todas estas circunstancias nadie podía contentarse con la fraseología de esas ordenes, y mucho menos se habían calculado las alarmas y descontentos que pudieran producir en el pueblo cubano, siempre dispuesto a luchar por el establecimiento de una República libre y soberana.

El mismo día que llegué a la ciudad de Matanzas se anunció la división civil del gobierno en cuatro departamentos, y al siguiente día se nombraron los secretarios de despacho cubanos. Es bueno hacer constar que todos ellos procedían del elemento civil. Durante el año que actuaron esos secretarios, devotamente se dedicaron al mejoramiento de la administración de los diversos departamentos establecidos bajo el gobierno civil español, y, aunque su trabajo era honesto y admirablemente realizado, naturalmente que no llegaba a satisfacer las aspiraciones de un pueblo desconfiado en cuanto a sus aspiraciones y temeroso de ver fracasadas sus aspiraciones de libertad. Sin embargo, no mostraban inquietud, se

mantenían tranquilos, en una admirable obediencia, tal vez por la simple razón de que no podían hacer otra cosa. El Gobierno que actuaba era en todas sus manifestaciones un gobierno de conquista y en ninguna forma podía resultar del agrado del pueblo cubano. La circunstancia más afortunada conectada con todo esto es que durante la administración del General Brooke, mientras duró tal situación, los intereses del pueblo fueron honestamente manejados de la manera más humana posible. Pero vale la pena hacer notar que cuando yo lo pregunté a Brooke -como le inquiría frecuentemente durante ese año- que cuál era la política a seguir por nuestro Gobierno y sus propósitos y finalmente, a donde se encaminaba cuanto él estaba haciendo y bajo que estado legal nosotros estábamos actuando, francamente me contestaba "que no sabía" y que actuaba "por intuición". Acabó por decirme que sus ordenes contenían toda la información que podía proporcionarme sobre ese objeto. El no tenía instrucciones privadas y nunca había recibido, personal u oficialmente, pauta alguna a seguir, de parte del Presidente o de su administración. El estimaba que la pacificación de la isla y el establecimiento de una era de prosperidad significaban, en su suma, el cumplimiento de sus deberes y responsabilidades.

Pero la isla de Cuba se mantenía tan quieta y apacible como cualquier estado de la Unión norteamericana desde el día que nosotros llegamos a sus playas. Afortunadamente el pueblo cubano y sus dirigentes se encontraban bien aconsejados. Ellos procedían de un modo que puede muy bien ser calificado como de "gran paciencia", moderación y visión de las realidades. Habiendo a la primera intimidación depuesto al Comandante en Jefe de su Ejército Libertador, disuelto sus tropas y dado por terminada su Asamblea, ellos supieron esperar con noble paciencia, -aunque el aire estaba car-

gado de rumores alarmantes- hasta que McKinley "se tomó su tiempo" y diez y ocho meses más tarde formuló y adoptó una política, que finalmente reconoció, dando al pueblo cubano el derecho a su independencia y al gobierno propio.



D E P A R T A M E N T O D E M A T A N Z A S

Y S A N T A C L A R A

AUSENCIA DE POLITICA NACIONAL.- ESTADO DE LAS LEYES EN
CUBA.- INSPECCION DE LAS PROVINCIAS BAJO MI MANDO.- PO
BLACION, DESASTRE Y MISERIA.- MEDIDAS RECOMENDADAS PARA
ALIVIAR LA SITUACION.- REUNION DE GENERALES EN LA HABA-
NA.- INFORMES SOBRE CONDICIONES SOCIALES, ECONOMICAS E
INDUSTRIALES.- NEGOCIANTES ILICITOS Y EXPECULADORES EN
ACCION.- WOOD NOMBRADO GOBERNADOR GENERAL.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Como no existía ninguna autoridad legal -el tratado de Paz con España no lo especificaba- que autorizara la ocupación de Cuba por un ejército norteamericano, y además ningún mandato del Congreso obligaba al Presidente a designar a un gobernador general o a establecer una república u otra forma de gobierno en la isla, los dos años que siguieron estuvieron llenos de incidentes muy interesantes. Goldwin Smith estima que ese tiempo marca el inicio de una política fatal, de expansión, dirigida impremeditadamente a la absorción de una población mixtificada y ajena a los intereses del pueblo norteamericano, que nos podía llevar por el camino del "Imperialismo". Las situaciones ambiguas y los comentarios hechos en la prensa nacional y extranjera, llenaron a la población norteamericana de dudas y temores. Mientras McKinley en su mensaje al Congreso, en diciembre, había declarado que nuestras relaciones con Cuba serían "estrechas y recíprocas" él mismo no acababa de definir el estado legal bajo el cual estaba actuando, así como tampoco indicaba el tiempo que nuestro ejército permanecería en la isla. La situación, pues, ^{desde} el principio, fué enigmática y embarazosa.

Aunque está bien establecido el principio de que los militares deben obedecer las órdenes que reciben de sus superiores en el mando, es igualmente bien entendido, por lo menos dentro de la oficialidad norteamericana, que sus obligaciones no son lo sufi-

cientemente poderosas para hacerlo obedecer órdenes o determinaciones no legales. En otras palabras, queda al criterio del oficial, a su conciencia, decidir en cada caso que se presente cumplimentar o no la orden que reciba si estima o sabe que esa orden no es legal. Con este bien establecido principio en mi mente me dirigí a La Habana poco después de haberme hecho cargo de mi departamento con el propósito de conferenciar con el General Brooke. Me recibió de la manera más amistosa, pero pronto me demostró confidencialmente que él no tenía órdenes específicas de nuestro gobierno y que tampoco conocía el estado legal bajo el cual estaba actuando. En esa forma él no podía darme las instrucciones que yo esperaba, pero me dejaba a mi propio juicio la libre determinación conforme a los hechos se fueran presentando.

Indudablemente que la primer cosa que atraía mi atención era el asegurarme en todo lo que fuera posible cual era el estado legal bajo el cual nosotros estábamos actuando en Cuba, y eso lo hice inspirándome en los estatutos, resoluciones del Congreso, tratados, ordenes generales y regulaciones del Ejército de ocupación en vigor. En cuanto a lo que a mis conocimientos pueda referirse, el Mayor Carbaugh, Auditor y Juez en mi Estado Mayor, que conocía de esta materia y entraba en sus atribuciones, fué el primer y único oficial norteamericano en Cuba y fuera de ella que realizó una recolección o compilación de todas las disposiciones, leyes, y decretos, sobre esta materia. Nada fué omitido, ni siquiera un Mensaje Presidencial notificado ^{de} la ocupación de la isla, y declaro que la entera codificación sobre estos asuntos se encerraba en solamente cuatro páginas lo que viene a demostrar lo poco o nada que se había hecho en tan importante materia. Nosotros, los militares, teníamos toda la responsabilidad de nuestros actos y

* a nuestra propia conciencia fué confiada la administración de los asuntos cubanos. Esto hacía más importante y necesario que tratáramos de conocer en todos sus aspectos las condiciones del pueblo que nos rodeaba y con el cual teníamos que tratar.

A ese fin la primer medida que estimé apropiada fué la de enviar oficiales de mi Estado Mayor a inspeccionar los asuntos públicos bajo mi jefatura para después con el Gobernador Civil y las autoridades locales, visitar yo personalmente, todas las ciudades importantes, pueblos y haciendas hasta donde pudiera llegar por la vía férrea, y en donde esto no fuera posible, hacerlo a caballo, hasta conocer el más apartado pueblecito o barrio en el departamento a mi cargo. De esta manera visité todos los lugares de ambas provincias sosteniendo conferencias con los alcaldes, miembros del ayuntamiento, magistrados, abogados, médicos, ingenieros, comerciantes, hacendados, curas párrocos, profesores de enseñanza y oficiales militares, dentro de mi jurisdicción.

Mi secretario tomaba nota taquigráfica de todo para mecanografiarla concienzudamente después, elaborando así un informe de todo lo que habíamos visto y oído sin que nada que fuera de importancia se escapaba a nuestra observación. Mi primer visita fue a Cardenas y luego a Unión de Reyes, Colón, Macuriges y Jovellanos en la provincia de Matanzas.

Unas cuantas semanas más tarde nos fuimos a Sagua la Grande, Remedios, Caibarien y Placetas, en la parte Norte de Santa Clara y de allí a Villa Clara, en el interior, desde cuyo lugar fuimos a Cienfuegos, en el terminal Sur del ferrocarril, para desde ese lugar tomar un barco costero que me trasladó a las viejas ciudades de Trinidad y Santi Spiritus. De esta última fuimos a Tunas de Zaza sir-

viéndonos como transporte una vieja locomotora con la que cruzamos una vez más la parte Norte de la isla, regresando por el ferrocarril que llaman de la "trocha" de Júcaro a Morón. Retorné a Corralillo y luego volví a Sancti Spíritus y con una pequeña escolta recorrí la rica zona norteña llegando hasta las fértiles plantaciones que rodean la bella ciudad de Placetas, en cuyo lugar pasé una inspección al escuadrón de caballería que recientemente había sido destinado a ese lugar. Mas tarde me dirigí al suroeste atravesando bosques de maderas riquísimas, grandes planicies propias para cultivos y vi el precioso valle de Manicaragua, donde se cosecha una magnífica calidad de planta tabacalera, pasando nuevamente a Cienfuegos, en la costa Sur. De esta manera, por mi propia inspección, me familiaricé, personalmente con las tierras, la situación del pueblo y sus industrias. Pero no satisfecho con todo esto, envié a mi ingeniero de Estado Mayor, a explorar la Ciénaga de Zapata, una extensa región fangosa situada en la parte Sur de Matanzas, pero que corresponde^a la provincia de Santa Clara y se extiende unas cuantas millas al Norte de la bahía de Cochinos, hasta la desembocadura del río Hatiguanico.

El trabajo de nuestro ingeniero fué realizado a conciencia y con las mejores deseos. En adición a las seguridades que me daba de que esa extensa región podía fácilmente secarse y ser sometida a cultivo, especialmente al caucho y arroz, me proporcionó un extenso informe sobre las condiciones de las vías férreas en los dos departamentos a mi mando, acompañándome en el presupuesto estimado para su reparación, así como distintos estudios de medidas topográficas y proyectos agrícolas para las regiones que había atravesado en su viaje. El cirujano Jefe de Estado Mayor, me rindió un informe sobre las condiciones sanitarias existentes en todas las ciuda-

des y pueblos importantes, tanto como en los distritos rurales apartados que pudieran ser motivo propicio a enfermedades y epidemias. El Inspector General, el Jefe de Comisaría, y el Cuartelmaestre General, me rindieron también sus informes con referencia a los departamentos a su cargo.

Puede con toda seguridad declararse que ninguna área de igual extensión en el mundo fué nunca más concienzudamente inspeccionada y más rápidamente reportada con referencia a sus condiciones económicas y sanitarias. El resultado de esta inspección fué redactado en un extenso informe y remitido al Gobernador General, residente en La Habana.

La información era en todas partes igual. Desde las grandes ciudades, - Matanzas, Cardenas y Cienfuegos - hasta las más pequeñas y remotas poblaciones, prevalecía la miseria, la pobreza y el desastre económico. No se reparaban las carreteras, ni las calles, ni se había edificado, en los cuatro años pasados, un sólo edificio público. Casi ningún impuesto o contribución había podido ser colectado. La población campesina había sido obligada a abandonar sus fincas y pequeñas plantaciones por la "reconcentración" que los condenó a la miseria, al hambre y a la muerte en las calles de ciudades y pueblos. La producción había sido barrida completamente en todas partes con excepción de algunas plantaciones que eran lo suficientemente ricas para pagar y mantenerse en pie. Aunque las tierras de Cuba son prodigiosamente fértiles y el maíz y los boniatos podían obtenerse a las seis semanas de sembrados, en cantidades apreciables, era evidente que la miseria y el hambre reinaban en la isla, y que de continuar las condiciones existentes o de haber finalizado la guerra con España unos cuantos meses más, la mitad de la población cubana hubiera perecido de hambre. En otras palabras, la polí-

tica del General español Weyler con su "reconcentración" y sus horrores manifiestos, estaban aun haciendo, en todas partes, sus efectos desastrosos, y, si nuestra intervención no hubiera puesto punto final a todo esto, no existían dudas de que un año más que hubieran prevalecido esos procedimientos malvados, hubiera desaparecido por hambre una gran parte del pueblo cubano. Así fué que cuando nosotros nos hicimos cargo de atender a la población cubana, necesitamos de algunos meses para poder poner en condiciones de ser útiles aquellos campos cubanos. Afortunadamente, en un país de suelo tan fértil como Cuba y un clima tan propicio al cultivo, pudo hacerse esto fácilmente y de un modo rápido. Pero en vista de la situación de que cada hacienda, por pequeña que fuera, y de cada ingenio de azúcar a donde los españoles pudieron llegar había sido quemado, y que cada mata de plátano y árbol frutal estaba destruído, rotos todos los implementos agrícolas y todas las aves y ganados habían sido sacrificados, el estado de empobrecimiento, de miseria y de desastre, resultaba pavoroso. En todos mis viajes a través de las dos provincias, en un área de algo más de doce ^{mil} millas cuadradas, o sea una cuarta parte de la isla, no pude encontrar, con pequeñísimas excepciones, terreno cultivado, a pesar de que todas aquellas tierras no sólo eran propicias sino admirables para adaptarlas al cultivo y producción de frutos tropicales, café, tabaco, o caña de azúcar. Todo lo que el país necesitaba para resurgir, era paz, condiciones económicas propicias y capital. Con eso todo podía ser remediado; sin eso continuaría, inevitablemente, la pobreza y el desastre.

Casi el total de la población cubana en los departamentos a mi cargo eran en aquel tiempo estimado como el de unas quinientas mil almas, aproximadamente las dos terceras partes de las mismas eran de

la raza blanca y el resto de color. Nosotros pudimos estimar que durante la guerra y los meses que le siguieron sobre una tercera parte de la población de Matanzas y una sexta parte de la de Santa Clara habían muerto por enfermedades y carencia de alimentación, dejando en una triste situación aproximadamente a cuarenta y cuatro mil viudas y sesenta y nueve mil niños huérfanos, en las dos provincias.

De los datos tomados en estadísticas aparecía que las dos provincias, al estallar el movimiento revolucionario, contenían un millón doscientas setenta y cinco mil cabezas de ganado, las cuales, de acuerdo con los informes que me suministraron mis oficiales subalternos, habían sido reducidas a ~~cuarenta~~ y un mil ochocientas, en números redondos. En otras palabras, los españoles, ayudados por los insurgentes y el pueblo, habían en tres años, matado y comido cerca de un millón doscientas veinte y cinco mil cabezas de ganado. Durante los seis primeros meses de nuestra ocupación se importaron treinta y dos mil setenta y cinco cabezas de ganado, de la América del Sur y de la propia España. Pero como la mayoría de ese ganado fué dedicado al uso de las plantaciones, el pueblo pobre recibió poco beneficio inmediato en remediar su alimentación. Como el cultivo en los campos de la isla se efectuaba con la ayuda de bueyes, fácilmente puede apreciarse que lo que más se necesitaba era ganado, implementos agrícolas, aves de corral, materiales de construcción y herramientas. Con esos medios el trabajo de restauración de hogares y resurgimiento de la agricultura hubieran sido fácil, pero esos medios eran precisamente lo que ellos no podían obtener. Indudablemente que el pueblo y sus agricultores se encontraban verdaderamente necesitados y yo, ■ viendo aquellas desastrosas condiciones, no perdí tiempo en solicitar del General Brooke que me su-

ministrara lo que era indispensable tomándose las cantidades necesarias de las recaudaciones aduanales que rápidamente iban aumentando en los distintos puertos. Mi primer informe tenía fecha 16 de febrero, el segundo de junio 20, el tercero del 1^o de agosto, y el cuarto del 7 de septiembre de 1899. Con sus apéndices e informes suplementarios todos ellos formaban un expediente de doscientas cincuenta páginas, donde se daban todas las informaciones necesarias con sus índices explicativo para facilitar el perfecto concimiento en cada caso.

Tengo todas las razones para creer que el General Brooke interpretó fielmente mis informaciones a este respecto y simpatizó sinceramente con los sufrimientos del pueblo cubano, deplorándolos. El cobro de tributos o impuestos aumentaba progresivamente y lo natural hubiera sido que si solamente se necesitaban unos trescientos cincuenta pesos para cada uno de esos campesinos que se encontraban en la miseria, una yunta de bueyes, una carreta, dos arados, una vaca, un par de caballos, dos cochinos, dos guanajos, diez gallinas, unas guatacas, unos machetes, un bohío o cabaña, semillas para frutos menores, es algo que se hace difícil de comprender porqué esta política de ayuda personal no fué adoptada. Debe recordarse para un futuro entendimiento que ese dinero así empleado no se iba a dar gratuitamente a nadie, sino que en cada caso se le prestaría a quien honestamente lo necesitara, con su correspondiente garantía y seguridad, con no menos de un cinco por ciento de interés en períodos de uno, dos y tres años. También yo había sugerido que cuando ese dinero fuera devuelto pasara a engrosar los fondos de un banco de refracción agrícola el cual todos admitían que era una necesidad imperiosa que aminoraría los sufrimientos de los agricultores pobres. Como era indudable que aquel era el

dinero del pueblo cubano que nosotros estábamos administrando en calidad de benevolentes mediadores, todo lo que en este sentido se hubiera realizado ellos lo hubieran apreciado en todo su valor. Como nosotros sabíamos, además, que los ingresos antes mencionados aumentaban cada día más y que cubrían con exceso las necesidades del mantenimiento de la administración civil y militar y que muchos millones de dólares pasaban a aumentar los depósitos de la tesorería y que éstos fueron pasados del General Brooke a su sucesor, se hace imposible imaginar que razones de peso pudieran oponerse a la ayuda de aquel pueblo tan hondamente necesitado. Nada se hizo, ni nada se les dijo a aquellos que se encontraban en situación tan aflictiva. Finalmente he podido saber que alguien en el Estado Mayor de Brooke estimó tal medida como "paternalismo" e impuso el criterio de que a la intervención sólo le competía establecer un buen sistema sanitario, muchas escuelas y construir carreteras.

En mi argumentación favoreciendo la proposición yo había llegado tan lejos como pedir el dinero que se había asignado para el pago de una Guardia Rural que se estaba organizando en la provincia de Santa Clara antes de haberme yo hecho cargo de ella y que el que se había destinado, con igual fin en Matanzas, me fuera transferido, y que se me entregara mensualmente con el propósito de preñstárselo a los demás necesitados en la forma que establecía en el informe a que me he referido. Yo argumentaba que la Guardia Rural en esos momentos no era de imperiosa necesidad, que no tenía un matiz definido, que no era republicana ni americana y que, como la municipal era una unidad de administración civil, todas las fuerzas de policía autorizadas debían pertenecerle, ser pagadas y por las autoridades municipales; sujetas esta policía a la inspec-

ción de un superintendente militar perteneciente a mi Estado Mayor, ^{esta} Fué la política que seguí, obteniendo el mayor éxito, sin violencias ni contrariedades, en la provincia de Matanzas hasta el día que renuncié el comando y me ausenté de Cuba.

En honor de la verdad debo declarar que el General Brooke tuvo que rendirse a mis impertinentes solicitudes al extremo que acabó por enviarme unos cuantos miles de dólares que fueron empleados en los campos cercanos a Matanzas de acuerdo con mis recomendaciones, con el resultado de que todo el dinero que les fué facilitado a aquellos campesinos, ha sido devuelto, pagándose religiosamente.

El General Betancourt, Gobernador de Matanzas, y el General José Miguel Gómez, Gobernador de Santa Clara, - este último actual Presidente de la República de Cuba - me ofrecieron sus mayores garantías de paz y me dieron su mejor cooperación personal y oficial en las medidas que yo les propuse con tendencia al restablecimiento de las industrias, reconstrucción de los campos y alivio a los necesitados, pero sus deseos, como los míos, fueron en vano. Después de haber completado mis inspecciones y formulado mis medidas para la mejoría inmediata del pueblo, el General Brooke convocó a una reunión de generales, jefes de departamentos, en su Cuartel General de La Habana, donde solicitó que elaboraran y discutieran un plan ~~m~~ tendiente al restablecimiento de la agricultura, la industria y el comercio. Los generales Ludlow, Carpenter, Wood y yó, asistimos a esa reunión. Yo presenté en seguida a la consideración de ellos mi proposición reforzándola con lujo de detalles tan verdaderos y elocuentes que era de fácil comprensión estimar que eso mismo podía ser aplicado a los demás departamentos de la isla. La materia fué ampliamente discutida con su pro y

en su contra. No hubo uno sólo de aquellos generales que negara una de las cosas que yo decía, pero ninguno aprobó el remedio que yo ofrecía. Los cuatro estuvieron de acuerdo, como siempre, en solicitar del Gobernador General, que dividiera el sobrante de las recaudaciones de la isla entre ellos, de acuerdo con la población de los respectivos departamentos. Esos generales no parecían tener la más remota idea de lo que debía hacerse con el dinero a no ser sanear los pueblos, establecer condiciones sanitarias apropiadas y construir un sistema de carreteras que uniendo un pueblo con otro llegara hasta la costa. Todos estaban también de acuerdo en abrir nuevamente las escuelas y extender el sistema escolar. Uno o dos permanecieron en silencio, pero Ludlow y Wood, hablaban exactamente como si pensarán que ellos esperaban ocupar la isla permanentemente y permanecer en el comando militar indefinidamente. Ambos se sentían confiados que la pacificación, que legalmente era nuestra única misión, no podía ser establecida sino después de haber transcurrido muchos años de nuestra ocupación militar. Ludlow llegó tan lejos en este sentido, como decir más tarde en Washington, probablemente al Presidente, "que él no creía que el pueblo cubano se encontraría suficientemente capacitado para el gobierno propio hasta transcurrido una generación de cubanos". Cualquiera que pudiera haber sido el verdadero punto de vista de Wood en esa época dió, muy dispuesto, su asentimiento a la determinación final del Presidente de establecer un gobierno autónomo en la isla, retirar nuestras fuerzas armadas y concertar un tratado con el nuevo gobierno por el cual se determinarían sus relaciones con el Gobierno de los Estados Unidos, proposición esta que yo fui el primero y único que la recomendó.

En la reunión de La Habana a que antes me refería, yo no sola-

menté combatí la opinión de Ludlow, sino que ya violento le pregunté de donde la había adquirido. Su réplica fué tan franca como mi pregunta: "Yo la he obtenido de William McKinley, Presidente de los Estados Unidos de América". Esto era una sorprendente aseveración y, en todo lo que he podido inquirir carecía por completo de fundamento, excepto lo que pudiera derivarse de una simple conversación personal, pero, como esto me parecía ser en absoluto una violación de las actuales condiciones tanto como de la Resolución Conjunta, le repliqué en seguida: -"No importa que usted adquiriera esa manera de ver las cosas del Presidente McKinley; yo me atrevo a hacer la predicción que nosotros tendremos que abandonar ésto por la propia voluntad del pueblo americano dentro de algo menos de dos años. El pueblo de los Estados Unidos nunca consentirá que el Presidente o alguno de sus subordinados pueda violar la fé popular que se manifiesta en la Resolución Conjunta, (6) en el Tra-

(6) Nota del Traductor: En 20 de abril de 1898, el Congreso de los Estados Unidos de América, resolvía la situación creada con España por medio de una "Joint Resolution" (Resolución Conjunta) donde expresaba: "Que el pueblo americano ha sido herido en sus sentimientos ante la horrible situación que por más de tres años prevalece en la Isla de Cuba, tan cercana a su costa Sur, donde se ofende a la civilización cristiana, como ha sucedido, con la destrucción de uno de los acorazados de los Estados Unidos, con pérdida de 266 de sus tripulantes en el puerto de La Habana donde se hallaban en visita amistosa, situación que no puede prolongarse, como ya lo ha declarado el Presidente de los Estados Unidos en su mensaje al Congreso de fecha 11 de abril de 1898, donde se pide el concurso de dicho cuerpo. Se resuelve por el Senado y la Cámara reunidos en Congreso:

Primero: Que el pueblo de la isla de Cuba es, y de derecho debe ser, libre e independiente.

Segundo: Que es deber de los Estados Unidos de América exigir, y este gobierno exige, que el gobierno de España abandone inmediatamente su autoridad y poder en la isla de Cuba, y retire sus fuerzas de mar y tierra de Cuba y de las aguas cubanas.

Tercero: Se autoriza por la presente al Presidente de los Estados Unidos de América para que utilice las fuerzas de mar y tierra de la nación y llame al servicio federal a las milicias de los distintos Estados, en las proporciones que estime necesarias para el cumplimiento de estos acuerdos.

tado de Paz con España y en las legítimas aspiraciones que tiene el pueblo cubano a su independencia". Me satisface, con alto regocijo, el llamar la atención al hecho de que ese fué más tarde el curso de la historia.

No entra dentro de los deseos de esta narración el recordar las circunstancias por las cuales mi predicción, fué hecha buena, pero en orden a que ella sea perfectamente bien entendida, ligeramente dejaré aclarada en los párrafos siguientes mi intervención en este asunto.

En mi reporte o informe especial, el único de su clase, que fué suministrado "con referencia a las condiciones industriales, comerciales y sociales", existentes en el departamento a mi cargo, fechado en septiembre 7, ocho meses después de la ocupación de la isla, reiteradamente hice mención a mis puntos de vista con referencia a la pacificación y reconstrucción de las provincias bajo mi mando.

Llamé apropiadamente la atención sobre las condiciones del disuelto Ejército Libertador de Cuba y del pueblo a cuyo seno ellos habían regresado, la supresión del espíritu revolucionario, el restablecimiento del gobierno municipal y del sistema judicial con tantas modificaciones como fueron necesarias en el cambio de gobierno, la reapertura de las escuelas, la restauración de la industria del tabaco, el azúcar y el ganado y en otros aspectos en cosas que habían sido dañadas o destruídas por la guerra, o por las deplorables condiciones económicas que siguieron a ésta.

Cuarto: Que los Estados Unidos de América renuncian por la presente a toda disposición o intención de ejercer soberanía, jurisdicción o dominio sobre dicha isla, a no ser para la pacificación de la misma; y afirma, para cuando esta se haya realizado, su determinación de dejar el gobierno y dominio de la isla a su pueblo.

Después de aclarar que desde nuestra llegada a la isla había existido un perfecto estado de tranquilidad, señalé el hecho de que las circunstancias que nosotros confrontábamos no habían tenido paralelo en la historia moderna, por la destrucción de vidas y la ruina de industrias. Mientras llamaba la atención al hecho de que algunos "distinguidos estadistas" confidencialmente habían sugerido métodos empleados por los ingleses en la India para que nosotros los imitáramos, protesté de esos procedimientos, que no podían ser aplicados al pueblo cubano que había sabido ganarse su libertad; que nosotros habíamos intervenido en la contienda como amigos y aliados, sin ningún deseo de conquista, y con el propósito de asegurarnos nosotros mismos un vecino tranquilo, y para los cubanos el derecho del gobierno propio, libre de condiciones comerciales represivas, tanto como de prejuicios religiosos. Los casos no eran en ningún sentido similares. Los problemas de la India y el dominio inglés eran enteramente distintos de los problemas de Cuba y del Caribe en el cual los gobiernos de opresión colonial y las persistentes violaciones de las leyes económicas habían prevalecido siempre. Esas violaciones, extendiéndose por más de un período de cuatrocientos años, había enriquecido a la clase burocrática española mientras empobrecía al pueblo cubano. España misma había gastado cerca de mil años en guerrear contra la invasión mora.. Después de heroicos sacrificios y extraordinaria voluntad los españoles pudieron expulsar de su tierra a los convertidos y a los no convertidos, y más tarde, a los judíos. Por espacio de un siglo estableció el tribunal de la inquisición donde se quemaron herejes en números difíciles de conocer. España no había tomado parte en las Cruzadas ni dedicado ningún tiempo al renacimiento o a la reforma. Había descubierto y ocupado un nuevo mundo. exterminando la raza nativa e introduciendo la esclavitud

africana para dedicarla a la busca del oro. Envió a este nuevo mundo su civilización, cualquiera que fuese, junto con sus colonizadores, pero todo parece demostrarnos que aquellos hombres no tenían una adecuada concepción de lo que era la justicia y la benevolencia. Todo lo que esos hechos pudieron haber cambiado la naturaleza del pueblo español o modificado su civilización, y hasta donde ellos dañaron a sus colonias con los sistemas empleados, siempre lejanos a lo que significara equidad y propio determinación para el nativo, es algo que dejo a otros para que lo aclaren. Yo estoy dispuesto a aceptar que ni los cubanos, ni los mexicanos, ni los suramericanos, me parecen que se encuentren bien dispuestos o preparados para el gobierno propio como se hayan aquellos que fueron colonizados por ingleses, daneses y holandeses. Sin embargo, mantengo fielmente la firme creencia de que el pueblo cubano, con todas las faltas que pudiera haber heredado de los españoles, puede más rápidamente que ninguno otro de los estados prepararse para el gobierno propio y ejercerlo adecuadamente, pese a ese arrastre colonial que tan de cerca pesa sobre ellos.

Yo sustentaba el criterio de que tan pronto ^{co} como los cubanos tuvieran la oportunidad de establecer su gobierno propio, debían otorgárseles las mayores facilidades para su mejor desenvolvimiento económico. Ahora sigo pensando de la misma manera. Al hacerse ellos cargo de sus asuntos nacionales e internacionales, no debió abrumárseles con barreras aduanales, tarifas hostiles y restricciones en el comercio extranjero. Tan pronto Cuba se vea libre de todas esas trabas será un país próspero, un pueblo capaz, inteligente, pacífico, y desarrollando su gobierno propio vendrá a redundar en beneficio y motivo de utilidad para los Estados Unidos.

Esas condiciones eran las más aconsejables a la simple economía política; no obstante recibieron muy poca consideración por parte de nuestro gobierno. Los senadores y representantes en el Congreso se mostraban reacios a conocer de estos hechos. Hasta los más grandes e importantes periódicos del país se mostraban aparentemente indiferentes a la verdadera situación y al estado en que se hallaba el pueblo de Cuba. Después de los primeros momentos de excitación, cuando ya la paz había sido restablecida y se encontraba detenida la ocupación de la isla, la Agencia de la Prensa Asociada en La Habana, (Associated Press) vino a caer en manos de un extranjero, expresidiario, que llegó a convertirse en el instrumento fácil de los negociantes ilícitos y especuladores de los Estados Unidos. Ese individuo deliberadamente enviaba noticias de todas partes de la isla donde se glorificaba al "favorito de la administración" (7) con evidente perjuicio, por el pueblo cubano. Cualquier pequeño disgusto entre soldados embriagados y ciudadanos humildes o desempleados, era elevado a la categoría de terrible escándalo que ponía en peligro a la paz pública. Los ciudadanos todos, sin distinción alguna, fueron llamados "mes-tizos" o "negros" y calificados de ignorantes y viciosos. Se publicó que el "bandolerismo" reinaba en todos los distritos rurales y que las más drásticas medidas de represión serían prontamente puestas en práctica por los comandantes militares americanos.

Pero afortunadamente, todos los periódicos de los Estados Unidos no pertenecían a la Prensa Asociada - Associated Press - y esto le restó importancia a la campaña difamadora. Algunos de esos periódicos tenían buenos corresponsales en Cuba hombres de criterio

(7) N. del Tr. Se refiere al General Leonard Wood.

independientes y conscientes de la responsabilidad de su profesión y reportaban las cosas como realmente eran sin traicionar a la verdad. Todavía más afortunado, el "New York Sun", bajo la dirección del inolvidable Charles A. Dana, que había siempre simpatizado y favorecido la causa cubana, defendiendo a sus heroicos hijos, destacó a sus activos reporters en una minuciosa investigación que dió por resultado obtener de los archivos del Departamento de Policía de New York, la historia de antecedentes penales del corresponsal de la Pransa Asociada, que publicaron íntegra, con lujos de detalles, eliminando de sus actividades periodísticas a la persona que tanto daño venía haciendo al pueblo cubano.

Desde aquel día la prensa americana comenzó a publicar noticias más verídicas con referencia a las condiciones que prevalecían en la isla. Esto se hizo especialmente en el "Sun", cuyos competentes redactores realizaron un cuidadoso estudio de la situación y condiciones de la isla y de las causas y antecedentes que las produjeron. A iniciativas mías el problema del azúcar, afectado siempre por la guerra comercial contra el azúcar de remolacha lo que siempre afectaría la situación futura de Cuba en sus condiciones económicas, fué ampliamente discutido en las columnas de dicho periódico. El descubrimiento del azúcar de remolacha y la influencia de la batalla de Trafalgar y las Ordenes en Consejo sobre el establecimiento de la industria del azúcar de remolacha, fueron expuesto de manera imparcial. Los métodos modernos introducidos en la manufactura del azúcar, la consiguiendo baja de precios en los mercados del mundo, la ruina de los plantadores de caña de azúcar en los países tropicales, el aumento alcanzado en el uso del azúcar que la convirtieron, de un

PATRIMONIO DOCUMENTAL DE LA HABANA

lujo de los ricos, hasta la necesidad diaria de los pobres a través del mundo civilizado, con las consecuencias lejanas a que esos hechos hubieran llegado y la importancia económica y política de los cambios que ellos hubieron producido, fueron todos tratados tan **explícitamente** que el más modesto empleado en una apartada tienda mixta de campo podía fácilmente entenderlo. Puede afirmarse, sin la menor duda posible, que dos de los artículos publicados por el "Sun" en el año 1899, contenían más detalles e informaciones sobre esta materia, que todo lo que la administración gubernamental podía haber conocido, y, más visión y mayor sentido administrativo con referencia a Cuba y a su futuro, que la que el Congreso y toda su legislación habían utilizado o demostrado.

Durante los diez y ocho meses que permanecí en la jefatura de la provincia de Matanzas, dos secretarios de la guerra, un secretario de comunicaciones y muchos senadores y representantes, fueron huéspedes de honor de mi Cuartel General; demás está decir que aproveché esas visitas para ponerlos en conocimiento de la realidad de las cosas, de la verdadera situación de Cuba. Las más distinguidas personalidades cubanas en distintos órdenes de la vida fueron gentilmente presentados a los compatriotas que me visitaban; y traté por todos los medios posibles de que visitaran pueblos, plantaciones, puentes destruídos, ingenios quemados, para que pudieran apreciar personalmente como eran las condiciones y lo que era necesario para remediarlas. De esa manera no cabían las ignorancias en el futuro procedimiento. Los hechos eran en todos los lugares perceptibles y nadie podía disputarlos, pero se progresó muy poco en la solución de los graves e importantes problemas que tan elocuentemente habían presenciado y **apreciado** esos distinguidos ciudadanos que fueron a Matanzas tal vez con el ob-

jeto de admirar la belleza de su puerto, las cuevas de Bellamar y sus alrededores sorprendentemente pintorescos.

Por otra parte los especuladores y negociantes de mala ley se encontraban trabajando activamente, algunos luchaban por obtener jugosos contratos y concesiones a través del gobierno interventor, otros encaminaban sus esfuerzos a presentar mal al pueblo cubano ante las altas esferas oficiales de Washington, sembrando el descontento y la desconfianza. La intención evidente era prolongar la intervención y ocupación militar, demorando el establecimiento de un gobierno local propio e independiente. Pero, afortunadamente el Senador Foraker, con quien siempre estuve en constante correspondencia, tenía la influencia mayor en aquellos días, entre sus compañeros, por su carácter y excepcionales dotes de cultura y caballerosidad y obtuvo un gran éxito al lograr la aprobación de una Ley por la cual se prohibía, de manera radical, el otorgamiento de ninguna clase de concesiones, en Puerto Rico, Cuba y las Islas Filipinas, mientras durara en ellos la intervención de los Estados Unidos. Esta Ley produjo un sin número de críticas y lamentaciones entre los que esperaban enriquecerse a costa del pueblo cubano, pero resultó un gran alivio para los gobernadores militares.

El General Brooke fué relevado del comando supremo de Cuba después de un año consecutivo de administración, durante el cual nada supo de la verdadera política que con respecto a Cuba pensaban seguir el gobierno de Washington, a no ser "por intuición"... No hay la menor duda que su cesantía se debió más que nada a la apatía de sus amigos que no supieron defenderlo cuando se movían influencias poderosas para llevar al puesto a otro que aspiraba y pertenecía a los amigos del Presidente.

Cusham K. Davis, el distinguido senador republicano por Minnesota, favorecía como es natural la retención de su viejo amigo Brooke. Algunos otros reconocían que Brooke había fracasado y urgían el nombramiento de Ludlow; unos pocos recomendaban a Wade, mientras uno de los senadores por Virginia pedía a Lee. Pero una inmensa mayoría, incluyendo los dirigentes más significados y de mayor popularidad del Congreso, vigorosamente solicitaron que se me nombrara a mí alegando que poseía muchos años de experiencia en las actividades de la vida civil, y había, con mayor éxito gobernado mi departamento, y, finalmente, que mi designación resultaría bien acogida y aprobada por los pueblos de ambos países. Las influencias y las consideraciones públicas, indudablemente, de nada valían contra la preferencia del Presidente, su familia y a la corte que por aquel entonces padecíamos en Washington.

LLAMADO A WASHINGTON PARA CONFERENCIAR

ENTREVISTAS CON EL SECRETARIO DE LA GUERRA.- CON
FERENCIA CON EL PRESIDENTE MCKINLEY.- INFORME AN
TE EL COMITE DE RELACIONES EXTERIORES DEL SENADO
CON CUBA.- REGRESO A CUBA.- MUERTE DE MI ESPOSA.-
REPORTE ANUAL.- IMPRESIONES GENERALES.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

En los primeros días del mes de enero de 1900, poco después de haber sido sustituido el General Brooke en el Gobierno de la Isla de Cuba, fui llamado a Washington. A mi llegada a dicha ciudad me presenté al Hon. Elihu Root, recientemente nombrado Secretario de la Guerra, con quien después hacía muchos años mantenía las más cordiales relaciones. El Secretario Root después de un afectuoso recibimiento, hubo de expresarse en la forma siguiente:

" - General, mucho lamento que usted haya emitido los informes que sobre las condiciones en que se encuentra su departamento, obran en poder nuestro".

Sorprendido ante estas manifestaciones, repliqué:

" - ¿Qué ocurre con mis informes, Señor Secretario? Si ellos no están correctos en sus afirmaciones y conclusiones, deseo que usted me indique donde radica el mal".

A lo que me respondió:

" - ¡Oh, no...; están bien; pero yo desearía que usted respaldara la política de la administración que se viene practicando en Cuba".

Esta confesión resultaba para mí más sorprendente aun; más, mucho más, si se tiene en cuenta que como Secretario de la Guerra y por tanto superior a mi cargo en rango y energía, no tenía porque consultarme, por lo que, extrañado de su actitud, bastante ambigua, hube de preguntarle con cierto énfasis y posiblemente con alguna ironía:

" - ¿Pero, cuál es la política de nuestra administración, Señor Secretario? Eso es precisamente lo que yo deseo saber, y he estado tratando de encontrarla por espacio de un año. Yo tengo leídos cuidadosamente todos los estatutos, leyes, órdenes y mensajes que en cualquier forma se encuentran ligados en nuestras relaciones con Cuba; he inquirido de cada miembro prominente del gobierno y de cada senador, representante, o persona importante que me ha visitado o escrito, y tengo, además, leídos los principales y más importantes periódicos en busca de esa inspiración y no he encontrado por ninguna parte, ni cual es, ni como debe ser llevada a cabo esa política..."

A esta pronta reacción mía pareció ligeramente confundido, y en vez de darme una contestación directa, adecuada, desvió el tema y comenzó a discutirme el asunto del establecimiento del gobierno municipal en la Isla de Cuba, por lo que le llamé la atención al hecho de que el Gobierno de España antes de evacuar la Isla había dejado nombrado los alcaldes y miembros de ayuntamientos, todos los cuales se habían hecho cargo de sus destinos, y que bajo las leyes españolas los cubanos tenían establecido un sistema de administración municipal con un siglo más avanzado que el de ~~un~~ cualquier pueblo de habla inglesa en nuestro hemisferio. También le llamé la atención a lo contenido en el Código español

con referencia a esta materia, y al hecho de que la municipalidad, en esa legislación, es la unidad de todo gobierno civilizado y que ese mismo Código determinaba la calificación de la ciudadanía cubana en términos mucho más precisos, justicieros y equitativos que los contenidos en nuestras leyes nacionales o en cualquiera de los establecidos por los diferentes estados de la Unión. Esto nos condujo a una amplia discusión de la materia en la cual le demostré lo muy poco que hubiéramos necesitado hacer para determinar la calidad de los electores cubanos en relación con el gobierno municipal de la Isla. Le indiqué que en Cuba no existían problemas de razas, que imperaba el orden, y, que en todo lo que yo había podido comprobar no existía motivo alguno para demorar o entorpecer el establecimiento de un gobierno civil en la Isla. Ante estas manifestaciones mías, el Secretario Root, varió nuevamente el tema de su conversación, tratándome de otros asuntos también interesantes de Cuba y de cómo yo había informado sobre ellos. Estas charlas se prolongaron día tras día durante una semana. En todo ese tiempo el Secretario Root, que era un hombre muy culto y admirablemente preparado para desempeñar cualquier cargo de responsabilidad, no pudo señalarme un sólo error en mis informaciones; en cambio, se vió en la necesidad de aceptar mi profundo conocimiento de todos los problemas cubanos y desde entonces prestó una mejor consideración y aprecio a mis informes, según se verá más adelante.

Yo había llegado a Washington un lunes por la mañana. Nuestras conferencias duraban de una a dos horas diarias y en una ocasión estuvimos hablando hasta tarde de la noche. Al finalizar estas -- conferencias el Secretario me significó sus deseos de que yo viera al Presidente. Le repliqué que me encontraba dispuesto a la celebración de esa entrevista. Dos días después Mr. Root me acompañaba

Comentarios

hasta la Casa Blanca donde el Presidente me recibió en seguida, de la manera más amistosa y cordial. Evidentemente lo habían informado ampliamente de las discusiones del Departamento de la Guerra, y aunque, en un principio me indicó que solamente podía concederme veinte minutos para nuestra entrevista, debido a las múltiples ocupaciones que pesaban sobre él, finalmente, por su propio deseo, la entrevista se prolongó por algo más de cuatro horas, durante las cuales exterioricé mis puntos de vista, observaciones y conclusiones, sin reservas de ninguna clase. Indudablemente, fué un interesado interlocutor desde el comienzo de nuestra conversación pues me hizo muchas preguntas y parecía encontrarse enteramente satisfecho con mis rápidas y concluyentes respuestas. No me demoré mucho en declarar que la Isla estaba completamente pacificada y que el orden más perfecto reinaba en Cuba, por lo que, de acuerdo con la Resolución Conjunta del Congreso, lealmente aconsejaba que debíamos convocar a unas elecciones para designar a los miembros de una Convención Constituyente que procedieran a elaborar una constitución para el pueblo de Cuba, y, tan pronto como esa Constitución fuera promulgada proceder a la elección del Presidente y miembros del Congreso, y, que al ser conocido el resultado de esas elecciones y tomado posesión el gobierno cubano electo, debíase negociar un tratado entre Cuba y los Estados Unidos, que definiera enteramente las relaciones entre ambos países.

Señalé asimismo que el censo de población, - que yo había sido el primero en recomendar - ya había sido ordenado y que éste revelaría el hecho de que la población cubana se encontraba formada por las dos terceras partes de blancos y el resto de color, y que, mientras ningún conflicto de razas había aparecido todavía, el dominio de la raza blanca en Cuba se encontraba afianzando con ten

sólidas bases como pudieran estarlo en nuestros estados del Sur. También me atreví a aventurar la afirmación de que el nuevo gobierno cubano resultaría, con toda seguridad, pacífico y estable. No dejé de hacer mención, aunque de un modo suscito, de las condiciones sociales y económicas que prevalecían en la Isla, de acuerdo con los puntos que señalaba en mis informes, y, con ese entusiasmo, muy mío, indiqué que lo procedente y justificado era la celebración de un tratado de estrechas y recíprocas relaciones que permitiera estimular y desenvolver el comercio y las industrias de Cuba y reportara igual beneficio a nuestro pueblo.

Sin contestar a mi argumentación ni discutir los hechos que le había expuesto, el Presidente, al concluir la audiencia, que como he dicho se había prolongado mucho más del límite prefijado, me dijo, en una demostración de sinceridad que no debo estimar como **confidencial** :

" - General, yo le quedo gratamente obligado por las informaciones que usted acaba de darme con referencia a las condiciones de los asuntos en el departamento a su cargo y de la Isla de Cuba en general. Hasta ahora nosotros no hemos adoptado una política determinada con referencia a Cuba, o a nuestras relaciones en el futuro por la simple razón de no haber tenido tiempo para formular esa política. Pero la situación ahora es enteramente clara para mí. En lo adelante procederemos con seguridad y conocimiento a un fin definido".

Como se vé no fué tan lejos como para aclararme los términos de su futura política, pero por su manera, usualmente cautelosa, yo entendí en sus demostraciones y asentimientos que su política futura sería substancialmente dentro de la línea que yo había indicado, y los subsecuentes eventos me confirmaron esta conclusión.

Algunos meses después de haber presentado mi renuncia del cargo que desempeñé en Cuba, Mr. Root me aseguró con las mayores muestras de sinceridad que no había escrito yo un informe o hecho una recomendación con referencia a Cuba o a su política que debía adoptar nuestro gobierno que no recibiera de él, su más calurosa aprobación, pero no obstante, pasó un año más para que se llevara a cabo la evacuación de nuestro Ejército y la toma de posesión del gobierno cubano que se había elegido para que se hiciera cargo de los asuntos de Cuba. Muchas gentes, indudablemente, estiman que nuestra ocupación de la Isla, su pacificación y el gobierno que fué organizado bajo nuestra supervisión, constituyen, no solamente un trabajo rápido y satisfactorio, sino uno de los ^{que} más crédito le han proporcionado a la administración del Presidente McKinley.

Pero volvamos a mi actuación en Washington. Habiendo concluido mis entrevistas con el Presidente y Secretario de la Guerra, fui llamado a comparecer ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado con Cuba. Los senadores Platt, (Presidente del Comité) McMillan, Spooner, Teller, Mooney y Butler, se encontraban presentes y durante la sesión que duró muchas horas, cada aspecto de la situación de Cuba y sus problemas, fué ampliamente considerado. Me fueron hechas muchas preguntas por los senadores, entre los cuales solamente dos no habían estado recientemente en Cuba.

Con mi último informe en la mano todas las preguntas que se me hicieron fueron contestadas tan extensamente como el tiempo y las circunstancias lo permitieron. Nada se pasó por alto. Las condiciones de la Isla y su pueblo afectado por la guerra, la política de reconcentración, las grandes pérdidas de población por motivos de la guerra, la destrucción de propiedades, la ruina

de industrias, agricultura y comercio, las necesidades de una ayuda financiera, la relación y proporción entre blancos y negros, la política de los españoles, su expulsión, el sistema judicial, las instituciones municipales, el establecimiento inmediato de un gobierno republicano y, finalmente, la negociación de un tratado que viniera a resultar la salvaguarda o garantía de nuestros intereses y a la vez señalara la previsión de estrechas relaciones de reciprocidad bajo las bases del comercio libre, o, de no ser eso posible, una forma preferencial que resultara tan benévolo como fuera posible. Todo en esa reunión con la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado fué considerado ampliamente y cada caso de interés recibió la mayor atención de parte de sus miembros.

La reunión a que me refiero tuvo lugar el viernes 12 de enero de 1900, y resultó de lo más cordial y amistosa que pudiera desearse. No hubo una sólo nota discordante, ni un signo de desagrado o antagonismo. Republicanos y Demócratas, desde sus distintos puntos de vista desearon sinceramente obtener de mí un verdadero y consciente informe de la situación y condiciones que prevalecían en Cuba desde nuestra ocupación militar, la pacificación de su pueblo y el establecimiento de un gobierno republicano que resultara estable y pacífico. Durante el examen de que fué objeto se me preguntó si yo tenía la seguridad de que los demás comandantes de departamentos en Cuba sustentaban el mismo criterio y puntos de vista que yo con respecto a los problemas que se estaban estudiando y considerando. Les repliqué que me encontraba obligado a declarar que no, cosa que lamentaba grandemente.

Con todos los argumentos que pude proporcionar repetí mis palabras dichas al Presidente, y solicité que urgentemente se

convocara a una convención soberana, que en día no lejano debía reunirse en la ciudad de Santa Clara, en vez de La Habana. Esta Convención bien podía ser asesorada, o recibir la ayuda de un comité de senadores de los Estados Unidos, así como de jueces concedores de los más amplios y modernos sistemas de gobierno, forma de establecimiento de una constitución gubernamental, la cual al ser terminada no debía someterse a la consideración del pueblo, sino ser declarada la Constitución de la República de Cuba. Esa Constitución debía ponerse inmediatamente en vigor y tan pronto como el gobierno estuviera en condiciones de ser instalado y ya en el ejercicio de sus funciones, debía celebrarse un tratado de reciprocidad que estableciera o determinara las garantías de paz, sanidad y comercio por los Estados Unidos en una forma y términos que definieran enteramente las relaciones políticas y comerciales de los dos países y señalara finalmente, los términos en que este tratado se llevaría a efecto.

Tanta importancia le dieron los miembros del Comité de Relaciones Exteriores del Senado a mis informaciones, que su Presidente considerando que ellas debían estimarse como confidenciales, ordenó al estenógrafo que no transcribiera sus notas taquígráficas, y supe más tarde que efectivamente, no fueron impresas hasta que pasados dos años esa política fué puesta en práctica y nuestro Ejército retirado de Cuba. Dichas notas fueron impresas sin cuidado alguno y confusamente, por lo que el Comité acordó aclararlas y reimprimirlas sin mi previa revisión y así deben ser consideradas ahora por los amantes de la historia que deseen estudiar nuestras relaciones con Cuba. (8)

(8) N. del T. Se refiere al informe publicado por el Comité de Relaciones Exteriores del Senado con Cuba, titulado, "Conditions in Cuba" Testimonio del G. James H. Wilson. Washington. D. C. A.

Con el propósito de que no existan confusiones con referencia a las condiciones de Cuba durante nuestra primera intervención, o a los puntos de vista sostenidos por mí y expresados en esa fecha, hago ahora un sumario de mis testimonios que sustancialmente son como siguen:

"Tengo hecho un cuidadoso estudio y así lo he dado a conocer en distintos informes, de las condiciones existentes en las provincias centrales de la Isla de Cuba, desde el día 10 de enero de 1899, hasta la misma fecha de 1900, y después de preguntar al Gobernador General Brooke, primero: bajo qué condición legal los Estados Unidos sostenían la ocupación militar de la Isla y, segundo: cuál era la política a seguir de acuerdo con el gobierno de Washington y las leyes por las cuales debíamos regirnos, de lo cual no obtuve una contestación definida, ni instrucciones adecuadas al caso, procedí a visitar cada pueblo, ciudad, barrio rural y puerto bajo mi jurisdicción por vías fluviales, ferrocarril, o a caballo, sosteniendo en ese recorrido de inspección diversas conferencias con todos los ciudadanos inteligentes y cultos que encontré, así como con funcionarios públicos, desde el gobernador provincial y jefe de las fuerzas revolucionarias, hasta los alcaldes, jueces, concejales, párrocos, profesores de enseñanza y hacendados. Sus declaraciones fueron tomadas fielmente por mi taquígrafo y los informes que suministré a mi gobierno fueron basados en las declaraciones obtenidas en el camino.

Las dos provincias a mi cargo, Matanzas y Santa Clara, tienen un área superficial de unas doce mil millas cuadradas y una población de quinientos sesenta mil almas de las cuales las dos terceras partes eran blancos. Producían en esa época como un ocho por ciento del azúcar y un cuarenta y cinco del tabaco de toda la Isla.

Su máxima producción fué poco más de un millón de toneladas de azúcar, con una probable expansión bajo condiciones favorables de dos millones y hasta cuatro millones de toneladas por año. Es el área del mundo donde se produce la mejor caña de azúcar que se conoce.

Al ocurrir la ocupación por nuestro Ejército, pueblos y campos de concentración se encontraban atestados de hombres, mujeres y niños que morían de hambre y enfermedades en una proporción de ochocientos por semana. Yo pude estimar que en el lapso de año, bajo esa política despiadada y cruel, toda la población campesina hubiera desaparecido.

Durante la guerra los hacendados ricos habían protegido sus plantaciones por medio del soborno a los españoles pagando contribuciones de guerra a los patriotas o empleando guerrillas que cuidaban de sus sembrados y edificios hasta donde resultaba posible, pero en las fincas pequeñas todos los implementos agrícolas y cosechas de frutos menores pertenecientes a campesinos pobres habían sido destruídas y los ganados, aves, etc., comido o destruído para que no fuera utilizado, por ambos bandos. La mayoría de los altos empleados del viejo régimen español habían renunciado al desempeño de sus cargos y abandonado la Isla. Los gobernadores nombrados, según el plan autonomista, eran personas bien, de cultura y moralidad, pero nunca podían resultar del agrado de los insurgentes, así que presentaron las renunciaciones de sus cargos.

El gobierno provincial de Matanzas le fué encomendado al General Pedro E. Betancourt, un distinguido médico y cirujano, educado en los Estados Unidos, mientras que el gobierno de Santa Clara al General José Miguel Gómez, un hacendado de mucha experiencia, del mejor carácter y habilidad, quien actualmente ocupa

la presidencia de la República. (9) Los dos patriotas probados tomaron las armas ante aquella situación creada por los españoles donde solamente había dos caminos a seguir o irse al monte a defenderse peleando o perecer de hambre, o ser fusilado por revolucionarios, calificativo que se daba a los que no se sometían gustosos al régimen español.

Los alcaldes nombrados por los españoles antes de la evacuación o por nosotros, después, eran, sin excepción, el más excelente grupo de hombres que podía escogerse. Ellos, tanto como los ciudadanos de todas las clases, cooperaron con nosotros de la manera más cordial y eficiente al mantenimiento del orden, cuidado de los enfermos y necesitados y en la preparación para el gobierno propio. Yo di una información completa con referencia al gobierno municipal, la administración de justicia, las necesidades de escuelas, los medios apropiados para restaurar la agricultura, industria y comercio.

Yo señalaba el hecho de no haber habido la menor fricción entre el pueblo de mi departamento y el Ejército de Ocupación, y que los nativos eran obedientes a los mandatos de la Ley, libres de intenciones a la violencia y al crimen, pacientes y amistosos con aquellos que sin abusos ejercían la autoridad sobre ellos, y ansiosos siempre de que les dijéramos qué deseábamos de ellos y la manera de hacerlo. Los nativos y españoles residentes fueron tratados por igual, aconsejándoseles que vivieran en paz, con mutuo respeto y trataran de no hacer referencia a un pasado que debían olvidar. Les fué advertido en términos que no admitían dudas

(9) Refiérese al período presidencial de 1908 a 1912.

que los abusos y violencias partidaristas no serían permitidos y que los ciudadanos pacíficos y obedientes de las leyes serían tratados por igual y con las mismas garantías y justicia. También les llamé la atención sobre el caso de que Cuba era, como es hoy, el único país hispanoamericano en el cual los blancos constituían una inmensa mayoría; que los hacendados, ingenieros, doctores, sacerdotes, abogados y comerciantes eran personas educadas, pero que la mayoría, en la clase pobre, eran analfabetos, y comparativamente ignorantes.

Después de responder a todas las preguntas que se me hicieron del modo más preciso, le declaré al Comité que, mientras los hacendados y muchos de los comerciantes evidentemente deseaban la anexión, yo no tenía la menor duda respecto a que la mayoría del pueblo estaba por una república libre e independiente, y que a ese fin esperaban que los Estados Unidos procederían al cumplimiento de lo previsto en la Sección Cuarta de la Resolución Conjunta, por la cual se comprometían a no ejercer soberanía, jurisdicción, ni control en la Isla de Cuba, excepto para la pacificación necesaria, y asimismo declaraba que al realizar esos propósitos, cuando estuvieran cumplidos, retirar las fuerzas armadas y dejar la Isla y su gobierno a su pueblo.

Parece obvio declarar que el único asunto que dejamos de considerar fué cuándo y cómo esa política debía ser llevada a efecto. Como la pacificación era completa, la primer medida que debía tomarse era establecer las bases que sirvieran de norma a la fundación de una república democrática, con su forma de gobierno que resultarían pacífica y estable. En otras palabras, producir una constitución a través de la actuación de una convención soberana, la que al ser dictada comenzaría a regir sin el previo sometimiento

a la sanción del pueblo. Esta convención sería electa por una votación popular que se efectuaría bajo las excelentes leyes que los españoles habían dejado en Cuba. Yo sugerí que la convención tuviera el consejo de tres o cuatro senadores de los Estados Unidos, y de dos jueces de la Corte Suprema de Justicia, colocándose, como ellos debían proceder., "Inloco parentis".

Después de adoptar una constitución que determinara la forma y organización del gobierno, el próximo paso había ser la celebración de unas elecciones para elegir a un presidente, senadores y representantes, y cuando el resultado fuera conocido, instalar el nuevo gobierno, darle a ese gobierno el dominio completo sobre todos los asuntos de la República sujetas solamente a las condiciones que pudieran ser impuestas por el Congreso de los Estados Unidos como resguardo o garantía a nuestros mutuos intereses.

Mientras tanto, aconsejaba una inversión conservadora de los fondos que se obtenían por las recaudaciones aduanales y diversos impuestos, que serían dedicados principalmente a la promoción de la agricultura y al restablecimiento de la industria y comercio. Yo no le daba un gran valor a las ideas de hacer inversiones considerables en carreteras, mejoras de puertos y escuelas, aunque no era contrario a la creación de una escuela normal para la preparación de maestros, ni a la adquisición de muebles para la instalación de escuelas públicas en los lugares que fueran necesario. Tampoco estaba conforme con que se concedieran privilegios tendientes a la explotación de los enormes recursos naturales que poseía la Isla y me inclinaba a limitar las responsabilidades del Gobernador General al mantenimiento del orden y a la recaudación de impuestos.

Formado e instalado el nuevo gobierno sugería proceder a la concertación de un tratado permanente definiendo "las estrechas y recíprocas relaciones" que el Presidente McKinley me había declarado, inteligentemente, debían prevalecer entre las dos repúblicas.

Recomendé que ese tratado debía garantizar al pueblo de Cuba el disfrute de un gobierno estable y pacífico, provisto de una unión postal, un intercambio comercial recíproco y libre, de productos naturales y manufacturados, bajo una tarifa mínima y de ser posible, una común supervisión de las aduanas. Si estas sugerencias no resultaban viables recomendaba una recíproca y justificada reducción de las tarifas aduanales por ambas partes, en el sentido que, mientras esto pedía estimular grandemente a la agricultura, especialmente en el cultivo de la caña de azúcar, del tabaco y frutos menores en Cuba, ello también nos proporcionaría a nosotros el dominio y las ventajas de un gran comercio con la Isla. Estimaba que con esos convenios se podía no solamente hacer de Cuba un país tan próspero como nunca lo había sido, sino que al mismo tiempo se le "americanizaba" más que de ninguna otra manera.

Finalmente sugería la cesión de una o más bahías para la instalación de bases navales, "para la mejor protección de los puertos americanos en el Golfo de México y de los canales interoceánicos que pudieran ser construídos por el Gobierno de los Estados Unidos en Nicaragua o Panamá".

Mi actuación con el Comité del Senado resultó de lo más interesante y subrió todas las posibles preguntas que los senadores pudieran sugerir. En conclusión se decidió que mi testimonio había de ser considerado como confidencial hasta que el Comité estimara conveniente su publicación, pero fué impreso para el uso de sus

miembros solamente.

Que esta política mía fue aceptada, queda demostrado en el hecho de que se efectuó un censo poco tiempo después, fue electa una asamblea constituyente que hizo y adoptó una constitución modelada en la nuestra; que esto fue seguido por la elección e instalación de un gobierno republicano el que a su vez concertó un tratado de reciprocidad con los Estados Unidos, en el cual fuimos representados por el Coronel, - ahora General -, Tasker H. Bliss, que había sido mi Jefe de Estado Mayor y de ese puesto trasladado al de Colector de Aduanas de la Isla durante la primera intervención nuestra en Cuba. Yo no fui consultado con posterioridad, y, aunque el plan que había indicado fue adoptado en su totalidad, nunca más se hizo mención a la parte tan importante que había tomado en ello, ni por la administración de Washington, ni por el Senado.

Vale la pena hacer notar que, en vez de formar una unión aduanal, bajo la cual se hubiera establecido un intercambio comercial libre, con las mayores ventajas para ambos países, se negoció un tratado bajo el cual los Estados Unidos garantizan un veinte por ciento de reducción en los derechos aduanales a los principales productos de Cuba y requieren de un cuarenta a un ochenta por ciento de descuento en los artículos que ella pudiera adquirir de nosotros.

Este convenio ha resultado bueno y Cuba ha obtenido grandes utilidades bajo su implantación; los salarios han crecido, la inmigración de gentes blancas ha aumentado considerablemente, se ha restablecido admirablemente su agricultura, se han construído importantes vías férreas, el comercio ha florecido, y es altamente lamentable que no se hubiera adoptado una política más liberal y equitativa, porque ahora puede asegurarse que con ella se

hubiera estimulado poderosamente el progreso de Cuba en todas direcciones. Es igualmente cierto que se podían haber aumentado las utilidades y posibilidades de los Estados Unidos con una unión comercial, estimulando la inmigración de norteamericanos que irían en busca de las ventajas de un clima agradable y de lo prometedor de la prodigiosa tierra de Cuba, y, finalmente, ayudaría más que todas otras razones a la causa de la paz y estabilidad del gobierno cubano.

Lo que en el futuro llegará a ser Cuba es algo ^{que} resulta difícil predecir, pero, habiendo caído dentro de la influencia de nuestro sistema económico, muy bien podemos esperar que más tarde o más temprano será recibida enteramente dentro de nuestro sistema político en tales favorables condiciones que resultaran beneficiosas y satisfactorias para ambos países.

Concluídos los asuntos que me llevaron a Washington regresé en seguida a Matanzas donde tomé inmediatamente posesión de mi puesto para hacerle frente a mis deberes civiles y militares. Todo el tiempo que permanecí en esa bella ciudad de Cuba mis relaciones con el Gobernador Militar que residía en La Habana, y con el pueblo de las dos provincias a mi cargo, fueron de lo más cordiales y satisfactorias. Continué haciendo lo que podía por el mantenimiento de la paz, restaurar la agricultura y aumentar el volúmen del comercio sin hacer uso de los fondos de las recaudaciones de la Isla innecesariamente. Evité las controversias y en todos los casos traté de ser justiciero y equitativo.

Lo que faltaba para la terminación de la estación invernal resultaba una temperatura encantadora. Las tropas bajo mi mando habían sido reducidas a dos regimientos de infantería y uno de caballería, que formarían un total de unos dos mil cien hombres. Su

conducta era todo lo buena que podía desearse y con referéncia a salud mejor no la hubieran podido disfrutar ni en los propios Estados Unidos. Con la ayuda de mi esposa, de mis hijas, y de los oficiales, correctos y cumplidos de mi Estado Mayor, la preciosa "Quinta Felix Torres" que había sido alquilada y acondicionada convenientemente para dedicarla a residencia oficial mia, vino a convertirse en el principal centro social de la ciudad de Matanzas y de la región bajo mi mando.

Allí recibía y agasajaba a todas las personalidades importantes, fueran nacionales o extranjeras, que me hicieran el honor de visitarme. Una vez a la semana celebrábamos una reunión bailable a la que concurrían las autoridades civiles y militares acompañados de sus esposas así como las principales familias de la distinguida sociedad matancera. Este fué el comienzo de una era feliz para toda la región. El pueblo había regresado a sus hogares, las plantaciones e ingenios se encontraban en vías de reparaciones unos y laborando otros; había trabajo para todos y la prosperidad estaba por todas partes mostrando su cara risueña.

En medio de tanta felicidad y contentura, en la mañana del 28 de abril de 1900 una terrible calamidad vino a sembrar el dolor y la tristeza entre mi familia. Acababa de llegar a mi oficina cuando fuí sorprendido por la indescriptible agitación de un ordenanza que dentro de la mayor confusión y nerviosismo me informaba que mi esposa había recibido terrible quemaduras mientras viajaba de la "Quinta" a los baños de mar, en una playa cerca del Castillo de San Severino. Corrí por las calles desesperadamente guiado por el ordenanza hasta llegar a un lugar donde encontré a mi pobre esposa sentada en la acera, rodeada de un grupo de simpatizadores conmovidos y de señoras presas del más grande

pesar y verdadero sentimiento. Pero nadie sabía que determinación tomar. Sus ropas habían ardido completamente al encenderse un fósforo de fricción que alguien descuidadamente había lanzado en el piso del coche que ella usaba diariamente. La trasladé a nuestro hogar y aunque el médico del Estado "mayor ayudado por" nuestras hijas y sirvientes hicieron cuanto humanamente les fué posible para aliviar sus sufrimientos, murió a las pocas horas dentro de una indecible agonía. Como si hubiera sido un rayo desprendido inesperadamente de un cielo azul y claro, así nos envolvió a todos nosotros un amargo dolor, la más terrible consternación y pesadumbre. La ciudad entera se vistió de luto, las manifestaciones de condolencia innumerables, que nunca podre olvidar... El Presidente McKinley, el Gabinete y nuestras amistades a través de todos los Estados Unidos nos enviaron cables y cartas expresándonos sus sentimientos de tristeza ante nuestro dolor y las seguridades de simpatía y condolencia.

El cadáver de mi esposa fué trasladado a los Estados Unidos y sepultado en Wilmington, estado de Delaware, en los primeros días del mes de mayo de 1900, en el cementerio de Santa Trinidad, perteneciente a la vieja Iglesia Sueca, cerca del lugar donde se encuentran enterrados sus padres. (10)

Al finalizar el año fiscal de 1900, que terminaba el primero de julio, envié mi informe correspondiente según lo especifican las ordenanzas y regulaciones militares vigentes, donde me complacía en llamar la atención al hecho de que las estadísticas, conclusiones y previsiones de mis reporters o informes anteriores habían sido todos justificados y demostrados por el censo y el desenvolvimiento de los hechos. Las dos provincias, Matanzas

(10) N. del T. El General Wilson falleció en la ciudad de Wilmington, estado de Delaware, el 23 de feb. de 1925, y su cadáver fué sepultado junto al de su esposa.

y Santa Clara, continuaban tranquilas, el pueblo había regresado a su trabajo y las industrias estaban activas en la medida de sus recursos. Las elecciones municipales se habían conducido dentro del más perfecto orden y de la manera más apropiada. En resumen, todo marchaba perfectamente, con la inalterable paciencia y táctica admirable del pueblo que esperaba ver a Cuba "en fecha próxima, independiente, rica y bien gobernada". (11)

Este informe, donde se compendían todos los asuntos civiles y militares viene a ser como un resumen de mi actuación al frente de las dos provincias cubanas, pues con el se termina mi conexión oficial en la parte activa que tomé durante nuestra primera intervención en la Isla. Cualquier dilación o demora que pudo existir en la organización de la República de Cuba es ahora conocido públicamente, que se debió solamente al Gobierno de Washington.

El primer Presidente de Cuba, Tomás Estrada Palma, que durante muchos años desempeñó el cargo de representante financiero de la insurrección en los Estados Unidos, fué electo Presidente e inauguró su período sin una gran oposición. Su administración fué conservadora, honesta, y sin partidarismos. El inicio de su gobierno demostró cierta habilidad en el manejo de la economía, aunque se encontraba más o menos limitado por una tesorería exhausta y una serie de contratos y compromisos otorgados y contraídos por el Gobierno Interventor. A pesar de todo ésto su período de cuatro años puede considerarse como de notable éxito por la rapidez con que acometió la reconstrucción general del país y la prosperidad que en distintos ordenes supo alcanzar.

(11) N. del T. Palabras empleadas por el Gen. Wilson, en su reporte anual, fechado en 22 de julio de 1900; Departamento de la Guerra, Washington, D. C.

Estrada Palma fué reelecto en las primeras elecciones que libremente celebraban los cubanos y cuyo resultado dudoso originó protestas y descontentos, pero de todas maneras, había sido electo por una mayoría conservadora del país y aunque cualquier cosa se diga en su contra, tenía el derecho ineludible al alto cargo pese a las críticas y protestas del Partido Liberal, que había surgido durante su primer período al frente de los destinos de la nación.

Poco después de la inauguración del segundo período del Presidente Estrada Palma, estalló un movimiento insurreccional armado que lo obligó a solicitar la ayuda del gobierno de los Estados Unidos para mantenerse en el poder.

La segunda Intervención se inicia con una mediación entre los desidentes cubanos en la que actúan el Secretario Taft y el Senador Bacon, quienes en vez de apollar al Presidente Estrada Palma y a su legítimo gobierno y requerir de éste que se mantuviera en el cargo como Presidente y figura principal de una República Constitucional para darle facilidades a proceder a la reorganización de su gabinete y garantizar su estabilidad, las cosas fueron manejadas de tal manera que Estrada Palma fué obligado a abandonar la presidencia junto con su gabinete y los miembros del Congreso que los "delegados" americanos, de acuerdo con el Partido Liberal, estimaron que habían sido electos de una manera impropia.

En otras palabras, establecieron un gobierno enteramente nuevo que tras una corta provisionalidad de William H. Taft, pasó al mando de Charles E. Magoon, quien organizó los procedimientos de la Primera Intervención con algo más que lamentar pues se ampliaron las consecuencias dudosas tendientes a instaurar el dominio económico que no otro fin parecía tener esta ingerencia en los asuntos cubanos. El resultado general fué que la Tesorería de la República

que se encontraba en estado floreciente, al finalizar un año y medio de la nueva intervención, se encontraba en peores condiciones de las en que la encontró el Presidente Estrada Palma de su predecesor.

Todo esto originó el engrandecimiento del Partido Liberal que obtuvo una poderosa influencia en el país, y, lo que es más lamentable, un manifiesto malestar por parte del pueblo cubano hacia los Estados Unidos y su administración por su forma de proceder en los asuntos de Cuba. Con las miras a una política más liberal y una mejor observancia como las determinadas en las especificaciones del tratado, es muy probable que los sentimientos del pueblo cubano hubieran sido más respetados y su amistad para con nosotros sería en la actualidad mucho más grande de lo que es.

Mi amigo el General José Miguel Gómez, a quien siempre he respetado y estimado altamente por su honestidad y alto sentido justiciero de las cosas; por su magnífica actuación mientras servía como Gobernador de la provincia de Santa Clara, que estaba a mi cargo donde demostró poseer todas las características de un gobernante en sus procedimientos, resultó el candidato del Partido Liberal a la presidencia y fué electo por una enorme mayoría.

El General José Miguel Gómez, goza de una inmensa popularidad en su país y es generalmente conocido por su amor a la independencia por la cual luchó en los campos de batalla, así como del establecimiento de un gobierno firme, democrático y de amplias libertades. Es justo observar, igualmente, que si administración se ha visto desde un principio desventajosamente limitada por las grandes barreras impuestas por la Segunda Intervención, colocadas a través de actividades innecesarias y de extravagancias sorprendentes.

Los contratos dejados atrás por la administración - si se puede llamar así - de Mr. Magoon, eran no solamente superiores a los medios de que podía disponer el Presidente Gómez, sino hechos en tales condiciones que impusieron al nuevo Presidente el desarrollo de una política en muchos casos dispendiosa y deplorable. Con el aumento considerable de la Guardia Rural y la creación de un Ejército Permanente, se ha puesto en existencia un sistema que puede llegar a resultar un mal instrumento en manos de los presidentes cubanos para mantenerse en el poder contra la voluntad de su pueblo.

Una tendencia en esa dirección es generalmente estimada como natural en la mayoría de los países hispanoamericanos y es obvio que en cualquier sentido los Estados Unidos no deben permitirla donde tengan una influencia dominadora. Como la Doctrina Monroe requiere de nosotros el defender a los países de este hemisferio de las agresiones injustas y de las tentativas opresoras del expansionismo europeo, debe ser una política nuestra bien establecida y aclarada, tan lejos como fuera posible, por el presente a lo menos, el no propiciar o animar el establecimiento o creación de ejércitos y marinas de guerra en nuestros vecinos del Norte, Centro y Sur de la América.





PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

